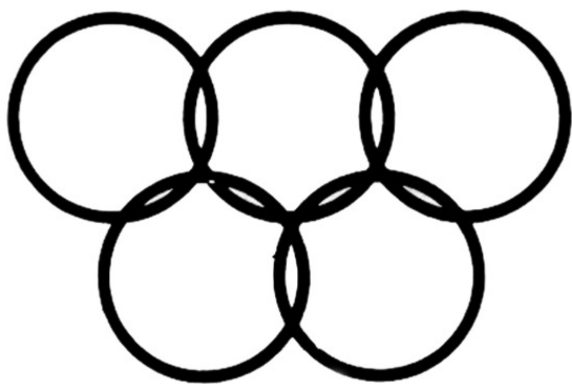


TIRADORES DE ELITE

Lou Carrigan



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

LOU CARRIGAN

TIRADORES DE ELITE

Colección
DOBLE JUEGO n.º 14
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 15.515 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1982
1.ª edición en América: diciembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que esperaba en el vestíbulo del aeropuerto romano de Fiumicino escuchaba muy atentamente todos los anuncios que se impartían por los altavoces. Es decir, escuchaba el principio de cada anuncio, y, en cuanto se convencía de que no era el que le interesaba, se desentendía del resto y seguía fumando su retorcido cigarro de fuerte aroma, casi pestilente.

Por fin, hacia las cinco de la tarde, escuchó completamente uno de los avisos rutinarios, referido en esta ocasión a la llegada de uno de los vuelos de Air France, procedente de París. Pocos minutos más tarde, se produjo, por fin, el aviso definitivo que estaba esperando:

—La señorita Marsh está esperando en la oficina de Air France. Atención, por favor, la señorita Marsh, está esperando en la oficina de Air France.

El hombre se dirigió hacia la oficina mencionada. Todavía a cierta distancia vio el mostrador, y detrás a los empleados de la línea francesa. Delante del mostrador, de pie, con una maleta y un maletín junto a sus pies, había una mujer. El hombre silbó involuntariamente al verla, y casi perdió el compás del paso.

¿Sería posible? ¿Podía ser aquella mujer la que él tenía que recoger? Alta, rubia, elegante, de cuerpo espléndido, de rostro suavemente exótico... Cuando estuvo más cerca vio sus grandes ojos azules... Un monumento. Un hermosísimo monumento.

Ella le miró cuando estaba a unos siete u ocho metros, y su mirada quedó quieta, atenta, expectante. Todavía, el hombre pensó que no podía ser ella, pero no había ninguna otra mujer esperando, así que se fue directo hacia la rubia.

—Perdone —dijo en inglés un tanto deficiente—: ¿Es usted la señorita Marsh?

—Sí —sonrió ella encantadoramente—. ¿Usted es quien me está esperando?

—En efecto. Me llamo Teodoro... Disculpe mi mal inglés, pero

espero que nos entendamos. Me enviaron a mí por eso, porque se supone que me hago entender.

—Desde luego que sí. Encantada. Y gracias por molestarse por mí, Teodoro.

Este comenzó a sentirse a gusto. Sí señor, no hay nada como la belleza. Pero si además se tiene simpatía y amabilidad es como si la belleza aumentase. Lo que en el caso de la señorita Marsh no parecía ni fácil ni necesario.

«Ser más hermosa habría sido pecado», pensó Teodoro.

—Permítame llevarle el equipaje —sonrió Teodoro—. Tengo un coche ahí fuera... Ah, bueno, ¿quizá ha traído más equipaje y...?

—No, no, esto es todo. Podemos partir cuando guste—. ¡Caramba, qué tabaco más fuerte fuma usted!

—¿Le molesta? —se sobresaltó Teodoro.

—Claro que no. Ha sido un comentario de admiración. Yo me moriría si fumase eso.

Teodoro rio quedamente. ¡Chica preciosa, vamos...! Cargó con la maleta, y señaló hacia la salida. Minutos más tarde, se alejaban del aeropuerto. Era una tarde tranquila y soleada, casi tibia. Teodoro iba mirando con frecuencia de reojo a la señorita Marsh, que, ¡válgame el cielo! tenía un busto impresionante. No por desarrollado, no, eso no: por perfecto. Los senos, henchidos, altos, rotundos, se marcaban en el jersey. Teodoro volvió a dudar respecto a si la señorita Marsh era quien tenía que ser.

—Supongo que viene usted por lo del concurso —deslizó.

—Por supuesto —se sorprendió ella—. ¿Algo va mal? ¡Espero que no haya empezado ya!

—No, no —la tranquilizó Teodoro—. Mañana es la fecha tope de llegada de todos los concursantes, así que no hay problema. Como comprenderá, esperaremos a esa fecha tope para empezar.

—Menos mal... ¿Sabe usted cuál es el primer premio?

—Seguro, seguro, no lo sé, pero me parece que son veinticinco mil dólares.

—Veinticinco mil... ¡Bueno, no está mal! Supongo que el resto hasta los cien mil se repartirán entre los concursantes que ocupen lugares inferiores.

—Sí, se ha estudiado de modo que casi todos queden contentos. Gastos de viaje pagados, estancia pagada, y un premio en metálico,

no está nada mal, en efecto. ¿Espera usted ganar el primer premio, señorita Marsh?

—Para eso he venido —sonrió ella.

Teodoro se las arregló para contener una sonrisita. Bueno, cada cual tiene sus esperanzas en la vida, y si aquella preciosidad esperaba conseguir el primer premio, no había por qué desilusionarla antes de hora.

La señorita Marsh miraba hacia su derecha. Estaban viajando paralelamente a la costa, a lo lejos se veía el mar. Pasaron cerca de Fiumicino, luego por Lido di Ostia, y siguieron hacia el Sur. Ahora el mar se veía más cerca. Teodoro iba pensando en el anuncio que dos semanas antes habían comenzado a insertar en distintos periódicos de las más importantes ciudades europeas:

PARA CONCURSO PRIVADO DE TIRO

De altísimo nivel y precisión, se convocan tiradores de élite exclusivamente. Trofeos y premios en metálico por un total de CIEN MIL dólares. Escribir al apartado de Correos número X en la Central de Roma, indicando teléfono o dirección.

Y allá tenía a la señorita Marsh, que era una de las concursantes. En fin, ella sabría lo que hacía, aunque Teodoro no conseguía imaginarse a la señorita Marsh manejando un rifle de precisión y metiendo una bala en un huevo duro situado a doscientos o trescientos metros…

—¿Vamos muy lejos? —preguntó ella de pronto.

—No; llegaremos en pocos minutos. ¿Está usted cansada del viaje, tal vez?

—De ninguna manera —dijo ella casi riendo—. ¡Yo nunca me canso, Teodoro!

«Pues sí que estamos fritos —pensó Teodoro—, va a resultar que la chica tiene nervios de acero. Pero los pechos… esos no son de acero. ¡Menudo mordisco les daba!»

Acababan de dejar atrás Tor Vaiánica cuando los adelantó el Alfa Romeo, veloz como una bala. Un bufido de aire quedó como rastro de su paso. Teodoro miró con envidia el coche deportivo, a cuyo volante vio un instante al hombre que lo conducía. Una cabeza de forma aquilina, una nariz apenas arqueada, una mandíbula firme como roca, unos cabellos color cobre… Adiós, Alfa Romeo.

—Tipos como ese son los que se matan en las carreteras —

comentó—. O los que matan a los demás.

—No creo —movió la cabeza la señorita Marsh—. Ha hecho la maniobra muy correctamente, y además tiene manos de hierro.

—Ah.

—¿No se ha fijado en las manos?

—Pues la verdad es que no.

—Yo sí. Es lo que siempre miro de las personas. Las manos lo dicen todo de nosotros. O casi todo.

Teodoro miró las manos de la señorita Marsh, colocadas en total reposo en su regazo. Preciosas. Parecían delicadas, pero no debían serlo. Pero no parecían de hierro, desde luego. Teodoro miró acto seguido sus manos, regordetas, de dedos cortos, gruesos y nudosos. ¡Vaya diferencia!

—Oiga —preguntó—, ¿qué dicen mis manos de mí?

—¡Que es usted un hombre simpático! —se echó a reír la señorita Marsh.

—¿Nada más?

—Ser simpático es mucho en esta vida, créame.

Teodoro quedó rumiando sobre esto. Estaban llegando a Lido di Pino. Un poco antes, estaba el desvío hacia la izquierda, hacia el interior, y Teodoro lo enfiló con cuidadosa maniobra. Había un indicador que anunciaba la proximidad de la localidad llamada Ardea. Pero antes de llegar a esta apareció el camino, a la derecha de la carretera local, y Teodoro se metió por él. Tan solo un minuto más tarde señaló hacia delante.

—Estamos llegando.

La señorita Marsh miró hacia delante con curiosidad. Vio las verjas de hierro, el bosquecillo de pinos. Por entre estos, al fondo, la blanca mancha de una casa enorme, una villa, que tenía toldos azules en las ventanas. En las verjas había un hombre, que las abrió y los dejó pasar sin comentario alguno.

El lugar era muy tranquilo y agradable. Se oía el piar de algunos pajarillos. Por entre las copas de los pinos se veía el cielo de un hermoso azul. Un poco antes de llegar a la casa había una piscina y dos pistas de tenis. Luego, hacia el fondo por un lado de la casa se veía una gran extensión de terreno llano, rojizo. Estaban ya llegando a la casa cuando Teodoro exclamó:

—¡Vaya, qué le parece...! ¡Esto sí que es casualidad!

La señorita Marsh lo miró, y Teodoro señaló con la barbilla hacia la casa. Delante de esta estaba el Alfa Romeo que les había adelantado minutos antes en la carretera.

—Sí que es causalidad —dijo la señorita Marsh.

—Bueno, quizá no sea el mismo.

—Sí, es el mismo. Salvo que haya dos coches con la misma matricula en Italia. ¿Es eso posible?

—Pues creo que no —farfulló Teodoro.

—Usted no es italiano, claro. ¿De dónde es?

Teodoro no contestó. Detuvo el coche detrás del Alfa Romeo, se apeó, y corrió a abrirle la portezuela a la señorita Marsh, que salió portando su maletín.

—Mi maleta... —empezó.

—No se preocupe, yo se la subiré a su habitación. Ahora debe usted inscribirse. La están esperando, venga, por favor.

Subieron al amplio pórtico y entraron en la casa. El vestíbulo era enorme. Había dos criados con chaleco a rayas. Increíble. Uno de ellos atendió a la señorita Marsh, y la acompañó hasta un confortable asiento de espera, mientras Teodoro conversaba con el otro criado, y ambos salieron de la casa.

—Si hubiera llegado unos minutos antes no habría tenido que esperar dijo el criado—. Ahora hay otro concursante inscribiéndose.

—No me importa esperar —sonrió la señorita Marsh—. Caramba, parece que todos hablan inglés en Italia.

—¿Desea alguna cosa? —sonrió el criado—. ¿Una revista, una bebida...?

—Nada, gracias.

Encendió un cigarrillo. Al fondo del vestíbulo y hacia la derecha había una gran escalinata blanca, que parecía de mármol. A la izquierda el vestíbulo se prolongaba en amplio pasillo, sin duda hacia la cocina y dependencias de servicio. Una gran araña de cristal pendía del techo en el centro del vestíbulo.

Teodoro y el otro criado entraron; este, cargado con la maleta de la señorita Marsh, se dirigió escaleras arriba. Teodoro se le acercó, sonriente, como disculpándose.

—No creo que tenga que esperar mucho —dijo—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—No, gracias, Teodoro.

—Entonces, con su permiso, tengo otras cosas que hacer. Ya nos iremos viendo... ¡Y que haya suerte para el primer premio!

—No se trata de suerte —sonrió ella—, sino de puntería.

—Sí... Claro. Bien, hasta luego.

Teodoro salió de la casa, y la señorita Marsh continuó fumando, impertérrita, a la espera de su turno para inscribirse en el concurso privado de tiro.

* * *

En el despacho amplio y confortable donde había sido recibido el hombre del Alfa Romeo, el hombre que estaba tras la mesa contemplaba en aquel momento la breve correspondencia que se había cruzado entre él y el recién llegado utilizando ambos sendos apartados de Correos de Roma.

De pronto, miró al visitante, y sonrió.

—Bueno, señor Angelini, en mi carta de respuesta a su petición de inscripción le decía que debía enviarme su historial. En lugar del historial, usted me envió esta breve nota que dice: mi historial lo escribo disparando. ¿Hay algún error en esto?

—No. Mantengo lo que dije, lo que dice esa nota.

—¿Lo hace tal vez porque no tiene un historial de tiro olímpico lo suficiente importante como para interésame? Porque si es así le diré que, precisamente, exigimos el historial para asegurarnos de que no va a participar en el concurso ningún tirador olímpico... Eso sería muy desventajoso para los demás concursantes, así que no queremos campeones olímpicos, sino... aficionados, por decirlo así, para una competición amistosa.

—Si se trata de eso, no hay problema, ya que no tengo ningún historial olímpico. Tampoco he participado en ningún campeonato del mundo, ni en ningún otro concurso oficial. Así que, en ese sentido, no tengo ventaja alguna sobre nadie.

—De acuerdo. De todos modos, haremos una pequeña investigación, y si usted me está mintiendo, será descalificado, esté donde esté de la tabla clasificadora.

—Muy bien. ¿Hay muchos concursantes?

—Creo que seremos unos treinta. Pero ya verá cómo el primer día el grupo se reducirá notablemente con las eliminatorias. ¿Cuál

es su especialidad?

—¿Especialidad? —alzó una ceja Angelo Angelini—. Soy un tirador, eso es todo. Lo que se pueda hacer con un arma, yo lo hago. Con cualquier arma.

—Le felicito. ¿Ha traído usted alguna?

—De momento, no. Estoy actualmente residiendo en Roma, y si es necesario iré a buscarla. Pero pensé que el concurso facilitaría el material.

—¿Me permite asombrarme, señor Angelini? Los tiradores no solo suelen especializarse en una determinada clase de arma y modalidad de tiro a fin de no desafinar en su especialidad, sino que son... digamos un tanto peculiares respecto a su arma; algunos, ni siquiera permiten que la toque nadie. ¿Y usted está dispuesto a tirar con un arma que jamás habrá tenido en las manos antes?

—Si se me permite prepararla antes, sí. Si no, iré a por la mía.

—Considero justo que se le permita preparar la carabina que se le asignará. Y a decir verdad, todavía creo que estará usted en desventaja.

—Ya lo varemos.

—De acuerdo, entonces. Dígame: ¿a qué se dedica usted?

—¿Es obligatorio decirlo?

—Obligatorio, no. Pero me gusta saber con quiénes estoy tratando.

—Soy vendedor de armas.

—Ah, ya. ¿De alguna fábrica determinada?

—No. Digamos que vendo armas aquí y allá. Tengo contactos.

—Entiendo. Un contrabandista.

Angelo Angelini no contestó. Sus ojos eran negros, negrísimos, de párpados alargados, y encajaban perfectamente en el rostro anguloso y viril. La boca era delgada, apretada. Medía cerca de metro noventa, y era delgado, pero de hombros anchos. Un atleta impresionante.

Por su parte, el hombre que formalizaba las inscripciones era de mediana estatura, ligeramente regordete, de escasos cabellos lacios y oscuros y grandes ojos castaños. Debía tener unos cuarenta años, vestía muy bien, y sin duda era un hombre culto. Su mirada inquisitiva se perdió en el fondo de Angelo Angelini, como en un pozo donde no había nada que ver.

—Está bien —sonrió por fin el regordete—. Aquí tiene una ficha para que la rellene y la firme. Ya me la entregará luego, pues ahora tengo que atender a otro concursante. ¿Tiene alguna pregunta que hacer, algún detalle que aclarar?

—No.

—Le acompañaré a la puerta.

Lo hizo, le tendió la mano, deseándole buena suerte y le miró salir, enorme a su lado, impresionante de verdad.

CAPÍTULO II

Afuera, la señorita Marsh había ladeado la cabeza al oír abrirse la puerta, y vio salir a Angelo Angelini. Este también la vio, y por un instante, sus miradas se conectaron, como en un impacto. La señorita Marsh sonrió. Angelo Angelini alzó apenas una ceja, saludó con seca inclinación de cabeza, y miró al criado que se acercaba a él.

—¿Señorita Marsh?

Esta miró al regordete, se puso en pie, y se acercó a él, sonriente.

—Buenas tardes —saludó—. Sí, soy yo.

—Pase, por favor —el regordete cerró la puerta, y tendió la mano—. Soy Obdulio Méndez, el organizador y director del concurso. Sea bien venida.

—Muchas gracias. ¿Méndez? ¿Es usted español? Pero no... Me parece que no. Sudamericano, claro. Como Teodoro, ¿no?

—¿Ha tenido usted buen viaje?

—Oh, sí. Espléndido. Bueno, no quiero parecer demasiado interesada, pero respecto a eso, entiendo que seré resarcida de los gastos.

—Desde luego —Méndez la miraba con gran interés—. De todos modos, antes de inscribirla debemos aclarar sobre todo un punto. Usted, como el señor Angelini, ha dado una respuesta muy particular a mí petición de historial.

—¿El señor Angelini es el que acaba de salir?

—Sí. En pocos minutos habré atendido a dos concursantes poco corrientes... Por favor, siéntese.

—Gracias.

La señorita Marsh ocupó la butaca dejada vacante por el anterior concursante. Obdulio Méndez recogió la correspondencia sostenida con Angelini, la guardó, y colocó sobre la mesa otro sobre, del cual sacó su contenido. Miró el papel elegido.

—Beverly Marsh, norteamericana, residente en París —dijo pausadamente; y miró a la muchacha—. ¿Correcto?

—Correctísimo, ya que eso lo escribí yo.

—Claro. También envió usted esto.

Méndez desdobló un blanco de papel que había estado doblado en cuatro, y lo mostró a Beverly Marsh, la cual sonrió. La diana tenía cinco impactos, cinco agujeros, en el centro, en el diez.

—En efecto, también envié eso.

—Pero usted debió enviar su historial, tal como le pedía. En cambio, envió esto.

—¿No le parece suficiente historial?

—Dejando aparte la posibilidad de que esto puede ser un ridículo truco, que se revelaría por sí mismo apenas empezar las eliminatorias, está el hecho de que yo deseaba conocer su historial como tiradora, no una de sus sesiones de tiro. La pregunta clave es: ¿es o ha sido usted tiradora olímpica?

—No.

—Muy bien. Pero, como al señor Angelini, debo advertirle que buscaremos su nombre en el palmarés olímpico, y que si usted consta en él será descalificada en el acto. ¿Se da por enterada?

—Naturalmente. ¿Es cierto que el primer premio es de veinticinco mil dólares?

—Treinta mil. El segundo es de veinte mil, el tercero de diez mil, y los cuarenta mil dólares restantes se repartirán en premios de cinco mil para los tiradores clasificados desde el cuarto al undécimo lugar.

—Estupendo.

—Esa es la idea —sonrió Méndez—: que todos estén contentos. O casi todos. Aunque, francamente, un tirador que quede en undécimo lugar, y pese a eso reciba cinco mil dólares, no puede protestar demasiado… contando, además, con que habrá pasado unos cuantos días de vacaciones pagadas en un ambiente agradable.

—Sí, está muy bien pensado. Es un concurso simpático… y poco usual. ¿Qué objeto tiene?

—¿Perdón?

—Bueno, supongo que esto se hace por algo, ¿no? Alguien está invirtiendo cien mil dólares en premios, y quizá otros tantos en viajes, estancias, organización, todo eso… Debe tener un objeto todo

esto, supongo.

—No necesariamente. Podría ser, por ejemplo, el capricho de un millonario que quiere competir con los mejores tiradores no olímpicos de Europa, y quizá del mundo.

—¿Y quién es el millonario?

—Yo —sonrió Méndez.

—¿De veras? Pues me alegro por usted. Hay una cosa que no entiendo, señor Méndez: ¿por qué no admite tiradores olímpicos? De ese modo seria seguro que se enfrentaría usted a adversarios dignos de ese nombre.

—Los tiradores... deportistas tienen unas características personales que no encajan con mi concurso. Digamos que son... demasiados caballeros. Yo prefiero una competición menos ortodoxa, pero muy reñida, ya ve, podría haber organizado una orgía formidable con ese dinero, y he preferido batirme con gente dura de pelar.

—Si alguna vez prefiere la orgía, avíseme.

Obdulio Méndez se echó a reír de buena gana.

—¿A qué se dedica usted, señorita Marsh?

—Escribo novelas pornográficas para dos editoriales de París.

—¿De veras? —se pasmó Méndez.

—De veras. Mis amigos y vecinos de París, donde resido hace un tiempo, piensan que soy la hija de un americano rico que paga mis caprichos enviándome periódicamente buenos cheques. Pero ni hablar: me gano la vida escribiendo esas cosas.

—Pues sí que sería útil si alguna vez monto una orgía —volvió a reír Méndez—. De acuerdo, señorita Marsh. ¿Ha traído usted su arma?

—Claro que no. A una le molesta mucho si va por ahí con una carabina del 22.

—Pues casi todos los demás concursantes han traído su arma. Creo que todos... excepto el señor Angelini. Y usted.

—Si las armas están en buenas condiciones, todo irá bien.

—Me ofende usted, señorita Marsh. Podrá hacer todas las pruebas que quiera con el arma que se le asigne, antes de comenzar el concurso.

—En ese caso, voy a empezar a pensar cómo gastarme el dinero del premio.

—¿Qué haría usted con cinco mil dólares?

—¡Cómo, cinco mil…! —exclamó Beverly—. ¿No ha dicho usted treinta mil?

Obdulio Méndez se quedó mirando con amable socarronería a la preciosa rubia de ojos azules. Por fin, asintió, y tendió una ficha de inscripción.

—Rellénela cuando tenga un momento. La cena es a las siete.

—Usted no me concede la menor posibilidad de ganar, ¿verdad, señor Méndez?

—Todo es posible —sonrió este.

—Le voy a hacer una apuesta privada: si no gano el primer premio, se queda con el dinero del premio que haya ganado.

—Parece usted bastante ambiciosa.

—Amigo mío, por sesenta mil dólares yo voy a pie de aquí a casa. A Boston.

—¡Nadie puede ir de aquí a Boston a pie! —rio Méndez—. Está el mar de por medio, ¿recuerda?

—Precisamente. Bien, ¿acepta la apuesta?

—Señorita Marsh; si hay una mujer capaz de ganarme a mí disparando lo menos que merezco como castigo es pagar sesenta mil dólares. Acepto la apuesta. Y debo decirle que usted ha dotado el concurso de mayor interés, si cabe.

—Así soy yo —rio Beverly—. ¿Tengo que ponerme vestido de noche para la cena?

—Estamos entre compañeros —sonrió Méndez—. Y, de un modo u otro, usted quedará bien y nos alegrará el espíritu.

—¿El… espíritu?

Méndez rio de nuevo, escrutando con más y más atención a la desenvuelta concursante.

—Digamos que al ser usted la única mujer del concurso va a ser algo así como una alegría para la vista… y la niña mimada, claro está. Espero que su habitación le parezca bien, pero si necesita algo, por favor, no deje de pedirlo a mis criados o a mí mismo.

—Muy agradecida. Bien, hasta las siete, señor Méndez. Y empiece a contar esos sesenta mil dólares.

Riendo, Obdulio Méndez la acompañó hasta la puerta del despacho. Allí, un criado estaba esperando a la señorita Marsh. El otro atendió un recado de Méndez y fue a cumplirlo. El regordete

millonario se sentó de nuevo ante su mesa, y se quedó mirando al blanco con cinco dianas perfectas de la señorita Marsh. Detrás de ella, solo quedaban dos concursantes por llegar, hasta el número de veintinueve que habían atendido el anuncio en los periódicos. Es decir, lo habían contestado muchos más, pero todos los olímpicos que habían enviado su historial habían sido cortésmente rechazados con una explicación. Uno de estos había recontestado la carta de Méndez: « ¿Cómo espera usted, señor —decía la carta— conseguir concursantes de élite si excluye del concurso a los tiradores olímpicos? De ese modo, lo único que conseguirá será reunir unos cuantos tira-tiros» ([1]).

Y tal vez fuese verdad, pero siempre podía haber algún tira-tiros que valiese la pena...

Teodoro entró en el despacho, y fue a sentarse en una butaca.

—¿Qué quieres? —preguntó, en español.

—¿Tú sabes la diferencia que hay entre un tirador y un tira-tiros, Teodoro?

—Que uno es bueno y el otro es malo tirando.

—No exactamente. Es más una cuestión de mentalidad, de... pundonor y afán de superación que de puntería. Por ejemplo, un hombre puede disparar peor que otro, pero ser más tirador que ese otro, por carácter, por dedicación, por concentración... por muchas cosas. ¿Qué dirías tú que es la señorita Marsh?

—Es muy simpática —sonrió Teodoro—. ¡Y de guapa, qué voy a contarte, ya la has visto!

—¿Qué dirías que es: una tiradora o una tira-tiros?

—Dímelo tú, que de eso entiendes más que yo.

—Es una tiradora. Ya verás cómo llega a la final.

—Ella está convencida de que va a ganar el primer premio.

—No digo tanto, pero nos dará guerra. De todos modos, hay mejores tiradores que ella entre los concursantes: Razensky, Romero, Gustavson, Korlac...

—¿Cómo puedes saber eso sin haberlos visto disparar?

—Ya lo verás. Y no olvidemos a Angelo Angelini. Ese sí es un tirador, frío como el hielo.

—Bueno, ¿qué más da? Uno u otro se llevará el primer premio, pero eso a nosotros no nos importa. Lo que nos importa es encontrar al hombre adecuado.

—De eso quería hablarte. ¿Has llamado a San Marcos?

—Hace un momento, precisamente. Desde mi pabellón.

—¿Cómo están las cosas por allá? ¿Algún cambio?

—Por el momento, no. El programa sigue su curso.

—¿Y el servicio secreto?

—No parece que estén al corriente de nada especial. Tenemos vigilado a Honorio López y todo parece normal. Asimismo, tanto el programa diario del general Contreras como los del presidente Peribáñez no están sufriendo alteración alguna. Todo como se programó.

—Estupendo —sonrió fríamente Obdulio Méndez—. ¡Estupendo! Bien, eso es todo. Voy a empezar a prepararme para la cena.

—Hasta luego.

Teodoro abandonó el despacho, y Méndez recogió la correspondencia cambiada con la señorita Marsh. De nuevo se quedó mirando la diana con cinco dieces. En su mente se formó la imagen del rostro de Beverly Marsh, los rasgos sutilmente exóticos, la boca sonrosada, la frente despejada... Y aquella mirada azul, fija, directa, siempre sonriente... pero implacablemente escrutadora.

—Me gusta —murmuró Méndez—. ¡Me gusta la señorita Marsh!

* * *

A las siete en punto Beverly Marsh hizo su entrada en el salón, donde veintiséis hombres estaban fumando y tomando unos aperitivos esperando la cena. Veintiséis pares de ojos se clavaron en la muchacha, que sonrió y alzó una mano.

—Hola a todos. Soy Marsh. ¿Cómo estáis?

Hubo un leve desconcierto. Algunos murmuraron algo que no se entendió. La señorita Marsh llevaba un vestido de noche corto, de color azul parecido al de sus ojos, muy escotado y sin espalda, unos finísimos hilos que parecían de cristal sujetaban el vestido sobre sus hombros de piel dorada y tersa, sedosa. Se le veía muy buena parte del pecho, relucía la carne, se veía la separación, como una hendidura cálida. Estaba bellísima.

La señorita Marsh se llevó una mano a una oreja.

—¿Qué? —preguntó—. ¡No he entendido nada!

—Nos has dejado turulatos —se acercó un sujeto alto, rubio

rabioso y de ojos claros—. Encantado de conocerte. Soy Gustavson: sueco. Tú eres americana, ¿no?

—Exacto. ¿Qué tal, Gustavson?

—Bien —rio este—. Te presentaría a los demás, pero solo conozco a unos pocos, pues llegué esta mañana. Bueno, este es Morley, británico; y este es Bellini, italiano; y este es Duvillard, francés, y este es Fawer, alemán... Con los nombres de los demás todavía estoy hecho un lío. Todos hablamos inglés, mejor o peor.

Beverly asintió, mientras iba lanzando sonrisas a los presentados, que movían la cabeza. Tres más se presentaron a sí mismos, mientras los demás permanecían en silencio.

—Bueno, ya os iré conociendo a todos —dijo la muchacha—. Ah, pero ya conozco a Angelini, el hombre del Alfa Romeo... ¿Qué tal, Angelini?

El atleta de ojos negros y cabellos color cobre la miró inexpresivamente.

—Bien —dijo.

—Pues me alegro mucho. Y espero que sigas así. Teodoro dijo que eres de los que se matan en la carretera. Deberías conducir con más cuidado.

—Dile a Teodoro que se meta en sus asuntos.

—Me parece que tienes muy mal genio. Bueno, sonríe y dame un cigarrillo, hombre. He terminado los míos.

Angelo Angelini ofreció su paquete a Beverly, que miró sonriente la mano del italiano; grande, nervuda, hermosa, quemada por el sol... firme como una pieza de acero.

—Estás muy bronceado —comentó Beverly—. Y me parece que no de sol artificial, precisamente. ¿Has estado de vacaciones en el otro hemisferio?

Angelini se guardó los cigarrillos, sin contestar. Gustavson ofreció fuego a Beverly, y el francés Duvillard se acercó con una copa recién servida de aperitivo, que le tendió sonriente.

—Gracias, Duvillard. ¿Eres de París?

—No. De Marsella.

—Ah. Yo estoy viviendo en París ahora. Hace allá un frío de muerte, así que esto es gloria. Bueno, conoces París, supongo.

—¿Quién no conoce París? —rio Duvillard.

—Esa es una buena pregunta. ¿Conoces París, Angelini?

—Tal vez —replicó Angelo, inexpresivo como una piedra.

—Oye, no te he pedido que me cuentes tu vida... ¡Solo te he preguntado si conoces París!

—¿Qué importa eso? No estamos aquí para hablar de viajes.

—¿De qué te gusta hablar a ti?

—A mí me gusta el silencio.

—Pues espero que hayas traído unas buenas orejeras para cuando empecemos todos a disparar.

Se oyeron algunas risas. Angelo Angelini ni se inmutó. Ni siquiera movió un párpado. En aquel momento apareció Obdulio Méndez en el salón, sonriente.

—Me alegra comprobar que hay un buen ambiente —dijo—. Damas y caballeros: tenemos la cena esperándonos. Ah, señorita Marsh, ¿me concede el placer de acompañarla?

Le tendió el brazo, y ella se tomó de él, sonriente, mirando de reojo a Angelini, que parecía ignorar no solo su presencia, sino su existencia. Un par de minutos más tarde, todos estaban sentados alrededor de la mesa del comedor, magníficamente preparada.

Obdulio Méndez ocupó la cabecera, y Beverly se sentó a su derecha. Desde allí, la muchacha miró a Angelini, casi en el otro extremo, y alzó un brazo.

—¡Yuhú, Angelini, buen provecho!

Se oyeron más risas, mientras Angelo dirigía una hosca mirada a la muchacha. Obdulio Méndez miraba más y más interesado a la belleza que tenía al lado. Por un instante, su mirada se deslizó por entre los pechos de Beverly, pero la desvió enseguida, carraspeó, e hizo una seña a los cinco criados, que comenzaron a servir la cena. Apenas se oía el ruido de algún que otro cubierto de servicio.

—Pues a mí —dijo de pronto Beverly, causando un leve sobresalto colectivo—, todo esto me parece emocionante. Parece que estemos en un palacio... ¿Es suyo, señor Méndez?

—No. Lo alquilé para esta ocasión.

—Ah. ¿De quién es?

—De un italiano llamado Ricci... Enzo Ricci. Creo que pertenece a una de esas viejas familias de la nobleza italiana. Tiene más casas por ahí, en toda Italia.

—Así es la vida: ¡unos tanto y otros tan poco! Yo vivo en un apartamento que es más pequeño que este comedor. Pero lo paso

muy bien en París. ¿Dónde vives tú, Gustavson?

—En Estocolmo.

—¿De veras? Bueno, eso es muy poco original para un sueco, ¿no te parece? Puestas así las cosas, yo tendría que vivir en Washington. O en Boston, claro. ¿Alguien de aquí conoce Boston?

Nadie conocía Boston. Beverly hizo un gracioso gesto como de desconsuelo, y miró la sopa. La probó cautamente, y enseguida sonrió.

—Perfecta. Lo que me hace comprender que la totalidad de la cena también lo será. ¡Cielos, tendremos champán francés...! —miró de pronto a Méndez como alarmada—. Porque será francés, ¿no?

—Desde luego —sonrió Méndez—. La élite merece lo mejor.

—Propongo que a los perdedores se les obsequie con una botella de champán —rio Beverly.

—¿Tanto te gusta? —preguntó intencionadamente Korlac.

—Lo decía por ti, querido. Y por Angelini. Se tendrá que conformar con una botella de champán. ¿Y sabéis por qué?: pues porque un hombre tan serio y aislado ni siquiera debe concederle al blanco una mirada.

—Pues si miras el blanco tú también te irás con una botella de champán —opinó Morley.

—Sé muy bien lo que tengo que mirar, aunque los clásicos miren los elementos de mira. En cuanto a Angelini...

—Escucha, ¿quieres dejarme en paz? —exigió Angelo.

—¿No te gusta que las mujeres se enamoren de ti?

—Hablas demasiado.

—Bueno, alguien ha de hablar aquí. De acuerdo, somos desconocidos unos para otros, pero vamos a pasar varios días juntos, y me parece que deberíamos enfocarlo por el lado agradable, ¿no? Por ejemplo, para romper el hielo podríamos contar chistes. Tengo un amigo que cuenta unos chistes tontísimos, pero que a veces hacen reír. ¿Os cuento uno?

Todas las miradas estaban fijas en Beverly, como fascinadas. Excepto la de Angelo, que miraba su sopa.

—Me parece que a todos nos gustará escuchar un chiste, señorita Marsh —dijo Méndez.

—No es que sea fenomenal, pero servirá para empezar. Bueno, pues hay un tipo loco que... No, me parece que este no es el

momento de contar ese chiste. Quizá haya aquí algún aprensivo, y como estamos cenando...

—Vamos, vamos, cuéntelo —rio Méndez.

—De acuerdo. Pues eso, hay un loco que está asomado a la tapia del manicomio, y... Bueno, todos sabéis que el estiércol se usa como abono, ¿verdad? Pues bueno, está el loco asomado a la tapia del manicomio, y ve pasar un hombre conduciendo un carro lleno de estiércol, que el hombre lleva a su terreno para abonar una plantación de fresas. Y va el loco y le pregunta al hombre: oiga, ¿qué lleva usted ahí, señor? Estiércol, replica el campesino. ¿Estiércol? se sorprende el loco. Sí, hombre, estiércol, insiste el campesino. ¿Y para qué lo quiere usted, buen hombre, qué va a nacer con el estiércol? Pues se lo voy a echar a las fresas, dice el campesino... El loco se queda pensativo, y por fin, dice: ¡ahora comprendo por qué me metieron en el manicomio! ¡Yo, a las fresas, les echaba azúcar!

CAPÍTULO III

Los dos últimos concursantes llegaron al día siguiente, y fueron alojados, juntos, en una habitación. Excepto Beverly, todo los concursantes compartían la habitación, pues en la parte alta de la villa solo había diecisiete, y las de la parte baja estaban ocupadas por los criados. La cena de esta noche fue tan divertida como la anterior, merced a la intervención siempre afortunada de Beverly Marsh, que se las había arreglado durante el día para conocerlos a todos.

Y al otro día, tras el desayuno, Méndez informó que todos podían empezar ya las pruebas, y se les asignó una parte de la gran explanada habilitada como campo de tiro, con blanco, siluetas, y mecanismos para Mancos móviles.

—Naturalmente nos regimos por la reglamentación olímpica —dijo Méndez—: doce tandas de cinco disparos. En la primera prueba no se hará puntuación: simplemente, los que tengan aunque solo sea un siete quedarán eliminados. Espero que todos estén de acuerdo en que un tirador que haga sietes no merece estar en la élite... ¿Alguna duda o disconformidad? ¿No? Pues asunto arreglado: mañana, la primera eliminatoria, con blancos fijos.

Beverly y Angelo recibieron cada uno una carabina del 22, y salieron de la casa en pos de los demás concursantes. Méndez, carabina al brazo, se les acercó:

—Todavía están a tiempo de ir en busca de sus armas —dijo amablemente—. El hecho de utilizar otras no será considerado como eximente de un siete. No lo olviden.

—Déjenos antes probar estas —dijo Beverly.

—No hay inconveniente. ¿Angelini?

—Digo lo mismo.

—De acuerdo. Buena suerte.

—Angelini —preguntó Beverly—: ¿hacemos una apuesta tú y yo

en plan particular? Cien dólares a que hago más puntos.

—¿Tienes los cien dólares?

—En mi habitación, sí.

Angelo Angelini se quedó mirándola con un destello irónico en sus ojos.

—Van los cien dólares.

El terreno habilitado como campo de tiro reunía todas las medidas de seguridad exigibles. Hacia el fondo se elevaba, de modo que ninguna bala iría más allá de los seiscientos metros, sin salir de los terrenos de la finca. Había treinta puestos de tiro, que fueron ocupados cachazudamente por los tiradores, cada cual se olvidó de su vecino, y se concentró en su propio concurso.

Hacia las diez, dieciocho de los tiradores se habían marchado ya, convencidos de que sus armas estaban perfectamente afinadas. No valía la pena molestarse más. A las once, quedaban solamente cinco entre los cuales estaban Beverly y Angelo. A las once y media, se quedaron solos, a excepción de Méndez, que quería saber si aceptaban o no las carabinas y cuál de ellos ganaba la apuesta.

A las doce menos cuarto, los blancos de Beverly y Angelo fueron traídos, y estos los examinaron meticulosamente, comprobando los impactos, con algunos sietes e incluso varios seises, con las notas que habían estado tomando de cada tanda de disparos. Pero los seises y los siete solamente estaban en los primeros blancos. En la segunda tanda, todo era de ocho para arriba. En la tercera dieces y nueves. En la cuarta y última tanda, Angelo tenía cinco dieces, y Beverly cuatro dieces y un nueve.

—Por mí está bien —dijo Angelo—. Acepto el arma.

—Yo también —dijo Beverly.

—Entonces ¿no echas la culpa de ese nueve al arma?

—Claro que no. El arma está perfectamente. Es que me he distraído mirando tu bello perfil.

—Muy graciosa. Mira, lo de los cien dólares...

—¿Te echas atrás?

Angelo Angelini frunció el ceño, y pidió un blanco nuevo. Apuntó y disparó en un segundo. Metió otro proyectil en el arma, y disparó en otro segundo. Así, los cinco. Cuando el blanco fue traído mostraba cinco impactos en el diez, agrupados formando un círculo.

—Eso no está nada mal —dijo Méndez—. ¿Señorita Marsh?

La señorita Marsh pidió a su vez un blanco nuevo, disparó a la misma velocidad que Angelo Angelini, y cuando el blanco fue traído pudieron ver los cinco impactos en el diez, pero no formando un círculo, sino una cruz.

—¿Esta cruz ha sido hecha a propósito? —preguntó Méndez.

—Naturalmente.

—Bueno, de todos modos están empatados.

—Podríamos desempatar a pistola —propuso Beverly.

Y se quedó mirando irónicamente a Angelo. Este masculló un «conforme», y uno de los ayudantes del concurso fue a la casa, de la que regresó con dos pistolas, también de un solo tiro… y con no pocos concursantes detrás, dispuestos a presenciar el duelo.

Cada uno de los particulares apostantes probó su pistola una sola tanda de cinco tiros, y se declararon dispuestos a continuar la competición. Cinco disparos de cada uno: cinco dieces. Una nueva tanda dio el mismo resultado: cinco dieces cada uno. Los demás concursantes mostraban una expresión ligeramente mosqueada.

—Si continúan así nos vamos a estar aquí todo el día —dijo Romero—. Y yo empiezo a tener apetito.

—Podemos aplazar el final de la apuesta —dijo Beverly—. Ya nos veremos en la final, Angelini. Y si alguno de los dos no llega, habrá perdido la apuesta.

—Conforme. Debo admitir que no tiras mal.

—¿Qué no tiro mal…? ¡Querrás decir que tiro muy bien!

—No tiras mal, eso es todo.

—¡Pero qué te has creído!

—Las palabras no resuelven nada, Marsh —cortó Angelini—. Deja de lastimarme los oídos, ¿quieres?

—¡Escucha, engreído…!

Alguien del grupo soltó un bufido, y se apartó, emprendiendo el regreso hacia la casa. Los demás, incluido ahora Obdulio Méndez, le imitaron. Angelo recogió sus notas, se colocó la carabina bajo el brazo, y miró a Beverly, que le contemplaba con el ceño fruncido.

—¿Vienes a almorzar?

Ella se colocó a su lado, también carabina al brazo, y dijo, con voz muy suave:

—De buena gana le habría metido una bala en el cuerpo al tipo de los prismáticos. ¿Lo has visto?

—Sí.

—¿De verdad?

—Claro. Estaba subido a uno de los pinos de nuestra izquierda. Bueno, no le vi a él, vi por un momento el brillo de los prismáticos. ¿Tú viste al hombre?

—No, tampoco. ¿Quién crees que puede ser?

—Ni idea. Pero lo seguro es que no es de la casa. Alguien que ha estado espiando las pruebas.

—Si nos ha estado espiando, no es amigo de Méndez.

—No, no debe serlo.

—¿De qué país de Sudamérica dirías tú que es Méndez?

—Del mismo que Teodoro.

—¡Ahora eres tú el gracioso!

—Bueno, creo que son de Centroamérica, pero no sabría precisar el país. Y tampoco me apostaría nada a que esos son sus nombres verdaderos.

—O sea, que en efecto, todo esto te huele a chamusquina.

—Digamos que hay algo raro en todo esto.

—Pues no digamos las caras de algunos de nuestros rivales en el concurso —murmuró Beverly—: algunos de ellos tienen cara de asesinos. Y una cosa es ser un buen tirador, seas o no olímpico, y otra cosa es tener esas caras.

—No todos han de tener tu suerte, linda Beverly.

—¡Ah, por fin! ¿Te parezco linda? Puedes decirlo, ahora no nos oye nadie.

—Eso nunca se sabe.

—Me desesperas, Angelo. Pero hablemos en serio: ¿qué dirías tú que estás buscando realmente nuestro maestro de ceremonias, el gordinflón Méndez?

—Está buscando tiradores para algo especial.

—¿Para matar a alguien?

Angelo Angelini encogió los hombros.

—No creo que los quiera para llevarlos a cazar conejos.

—Eso tampoco me gustaría.

—¿El qué?

—Ir a matar conejos.

—Podrías retirarte del concurso y volver a París.

—¿Y dejarte el campo libre? ¡Claro que no! Además, hay otra

cosa: en cuanto te vi me dije: « ¡oh, cuánto amo a ese hombre!» Pero no se lo digas a nadie: podrían matarte por celos. Lo que se llama un crimen pasional.

—Hazme un favor, ¿quieres? deja de contar chistes malos.

—¿Quieres que hagamos la siesta juntos?

—Te lo agradezco, pero tengo que ir a Roma.

* * *

—Bueno —torció el gesto Obdulio Méndez—, es algo que no estaba previsto, Angelini, pero yo mismo me metí en la trampa al decirle que todavía estaba a tiempo de ir a por su arma. Desde luego, si tuviera que ir más lejos que Roma no podría ser, porque pese a quién pese, el concurso comienza mañana.

—Estaré de vuelta esta misma noche.

—Está bien. ¿Por qué ha cambiado de idea? Parecía que se las podía arreglar sin su carabina particular.

—Eso fue antes de ver cómo tira Marsh. Y a propósito de Marsh, no puedo quitármela de encima: se ha enterado de que pensaba ir a Roma, y me ha pedido que la lleve. Maldita sea, no he podido negarme, señor Méndez.

Obdulio parpadeó. Luego, su mirada quedó quieta, fija en los negros ojos de Angelini. De pronto, sonrió, y por fin soltó una carcajada.

—¡Hombre, Angelini, haber empezado por ahí! —exclamó.

—No comprendo.

—Vamos, vamos, estamos entre buenos amigos, ¿no es así? Nadie ha dejado de darse cuenta del interés que esa joven siente por usted, y usted, finalmente, se ha dicho que a nadie le amarga un dulce. De modo que seguramente ella le acompañará a su apartamento a recoger el arma... ¿Eh? Apuesto a que pasan allá un buen par de horas.

Angelo frunció el ceño, pero de pronto casi sonrió.

—Bueno, nos pareció que sería un poco incómodo para los demás si intimábamos demasiado aquí mismo.

—Sí, sería un poco violento. Y no me gustaría que por una mujer como esa se complicaran aquí las cosas. Bueno, llévesela, pero solo hoy; hasta que termine el concurso permanecerán aquí... y no

quiero tonterías. Ustedes son muy libres de acostarse juntos, pero no en mi casa y provocando malestar a su alrededor. Porque ocurre que si los demás se huelen algo querrán acostarse también con la chica, y de eso nada. Este es un concurso de tiro, no de sexo. No quiero complicaciones, Angelini, ¿está claro?

—Sí. Estaremos aquí a la hora de la cena.

Angelo salió del despacho, y acto seguido de la casa. En el pórtico estaba esperando Beverly, que captó su gesto y se metió en el Alfa Romeo. Un poco más allá, paseando entre los pinos, Gustavson y Fawer los vieron, se miraron, y se encaminaron hacia la casa. Segundos después entraban en el despacho de Méndez.

—¿A dónde van Marsh y Angelini? —preguntó Fawer.

—A Roma. Angelini ha decidido utilizar su arma al ver la calidad de los demás concursantes, y la señorita Marsh le ha pedido que la lleve, para comprarse algunas cosas allá.

—Ya... Ya, ya.

—¿Puedo servirles en algo más?

—Me parece que no —sonrió Gustavson—. Bueno, ya veremos si esos dos llegan a tiempo a la hora de la cena.

—Si yo fuese Angelini me parece que me retrasaría —rio Fawer.

* * *

Angelini señaló el espejo retrovisor, y Beverly lo colocó de modo que fuese ella quien pudiera mirar hacia atrás. Vio el Fiat blanco que circulaba a unos ciento cincuenta metros por detrás del Alfa Romeo, colocó de nuevo el retrovisor para Angelo, y peguntó:

—¿Crees que es el tipo de los prismáticos?

—Supongo que sí. En la villa no puede espiar nada ahora y ha decidido aprovechar el tiempo siguiéndonos a nosotros.

—¡Qué sujeto tan divertido! Y a propósito de diversiones: ¿te parece que vayamos al cine?

—Es una buena idea. ¿Qué clase de película te gustaría ver?

—Una de amor.

El tramo recto y luego la autopista les permitieron recorrer los treinta kilómetros en algo menos de veinte minutos. Otros veinte minutos más tarde habían estacionado el coche cerca de un cine en el cual se metieron sin molestarle siquiera en mirar el programa. Y

hacía apenas quince segundos que se habían sentado cuando Beverly, vuelta la cabeza hacia la entrada de la sala, vio entrar a un solitario espectador, que fue conducido a las filas de asientos del otro lado.

La película, cómo no, era de catástrofes, y comenzaron a oírse gritos de espanto en la pantalla. Mirando de reojo, Beverly vio al espectador solitario desplazarse a otro asiento desde el cual, sin duda, los veía mejor a ellos.

—¿Continúa solo? —preguntó Angelo.

—Por el momento, sí. Esperaremos un poco más.

En la pantalla, la tierra se estaba abriendo en enormes simas, y miles de personas huían aterrorizadas del terremoto.

—Podíamos haber elegido otro cine —dijo Beverly.

—Este es barato.

—Vaya ocurrencia, en un hombre que va a ganar treinta mil dólares. Bueno, ya vuelvo.

Beverly se puso en pie, recorrió la fila de asientos disculpándose con los demás espectadores, y llegó al pasillo. Desde este, sin titubeo alguno, alcanzó la fila de butacas donde estaba el solitario espectador, se metió en ella, y se sentó a su izquierda. El hombre seguía mirando fijamente la pantalla, tan tenso que Beverly sonrió divertida.

Se inclinó un poco hacia él, y dijo, en inglés:

—Vería mejor la película con los prismáticos.

El hombre la miró, muy abiertos los ojos, visiblemente alterado su rostro.

—Perdone —habló en español—, no comprendo…

—Digo —habló Beverly en español— que a mí amigo y a mí nos gustaría saber qué espiaba usted con los prismáticos esta mañana en la villa que usted sabe. Por eso nos hemos metido en el cine, para preguntárselo discretamente.

—Oiga, señora, usted se…

—Señorita —sonrió Beverly—. Y es usted el que se está equivocando en todo. Hablemos como buenos amigos, ¿de acuerdo? Porque si se lo toma a las malas mi amigo se va a enfadar. ¿Está usted armado?

—Claro que no. Miré, todo esto…

—Escuche, si usted no habla conmigo mi amigo va a venir a

tomar el relevo, y las cosas van a empeorar mucho para usted. De modo que hablemos... En voz baja, para no molestar a los espectadores de tan interesante filme. Veamos: ¿de dónde es usted? Deduzco que del mismo país centroamericano que Obdulio Méndez, pero... ¿cuál es ese país?

El hombre estaba ahora como petrificado, mirando con los ojos cada vez más abiertos a Beverly Marsh. En la pantalla, a todo color, seguían sucediéndose las desgracias, las muertes en masa. Un filme admirable, sin duda.

La reacción repentina del hombre sorprendió grandemente a Beverly. Podía haber previsto cualquier cosa menos lo que sucedió. El sujeto se puso en pie de un salto, y gritó:

—¡Fuego! ¡FUEGO, FUEGOOOOO!

Sin más, echó a correr hacia el otro extremo de la fila de butacas, mientras en el cine se oía un súbito rumor, voces, y enseguida gritos de ¡fuego, fuego! La totalidad de los espectadores se habían puesto en pie, y gritaban a una. Se oían gritos de mujeres, chillidos, crujir de asientos, ruido de pies... En un instante, el hombre de los prismáticos quedó absorbido por la masa de espectadores que se empujaban presas del pánico hacia las salidas. Las luces de la sala se encendieron. Beverly, todavía sentada como paralizada, volvió la cabeza hacia Angelo, que la estaba mirando a su vez, con cierta sonrisita irónica en sus delgados labios.

Beverly frunció el ceño, y se relajó, hosca la expresión. Angelo se puso en pie, y se acercó a ella, tendiéndole la mano.

—Salgamos de aquí —dijo—: ¿no has oído que hay fuego?

Ella lo miró enfurruñada.

—Es la primera vez que me ocurre una cosa como esta.

—Te creo. Anda, vámonos. De todos modos la película no vale la pena.

Beverly aceptó por fin la mano de Angelo, y salieron al pasillo, completamente despejado. Unos cien espectadores se empujaban unos a otros sin dejar de gritar, saliendo como a presión. Beverly miró a todos lados, y dijo:

—Pues yo no veo fuego. ¿Y tú?

—Cuidado al salir —replicó Angelo—. Si ese tipo tiene mala sangre puede estar esperando pistola en mano, metido entre un par de coches.

—No se me había ocurrido. ¡Vaya un truco tonto este del fuego!

CAPÍTULO IV

Sentado tras la mesa de su despacho en la villa, Obdulio Méndez había escuchado con tensión mal contenida la explicación de Angelo y Beverly.

—¿Están seguros de que aquel hombre era de mi país?

—No sabemos cuál es su país —dijo Angelo—, pero Beverly dice que hablaba igual que usted. Desde luego era centroamericano.

—No comprendo cómo no fue visto mientras nos espiaba con los prismáticos —dijo malhumorado Méndez—. ¡Esos idiotas de ahí fuera debían estar pendientes de las pruebas de las armas!

—Nosotros lo vimos —sonrió Beverly.

—Debieron decírmelo.

—Bueno, pensamos que podía ser uno de sus empleados haciendo algo que usted le había encargado.

—¿Cómo se les pudo ocurrir semejante cosa?

—Mire, todo esto es extraño desde el principio —dijo Angelo—, de modo que Beverly y yo, que lo comentamos, preferimos no decir nada. A nosotros lo único que nos interesa es ganar unos cuantos dólares, eso está claro. Pero cuando ese hombre nos siguió hasta Roma comenzamos a sentirnos molestos. Pensamos que usted nos vigilaba, y quisimos aseguramos para preguntarle por qué.

—Les aseguro que ese hombre no es empleado mío.

—Bueno, pues así están las cosas —dijo Beverly—. Desde luego nosotros dos sabemos ahora que aquí está pasando algo raro. Lo sabemos con seguridad. Y nos gustaría saber qué es, por si no nos conviene.

—En lo que a mí respecta —dijo Angelo— no me importa complicarme la vida pero me gusta saber por qué y si vale la pena monetariamente. Está claro que usted está buscando uno o varios tiradores de verdad, para encargarles algo concreto, de eso se han dado cuenta todos, no crea que nuestros rivales en el concurso son tontos. Lo que ninguno de ellos sabe es lo del tipo de los

prismáticos. Eso solo lo sabemos nosotros dos.

—¿Y qué piensan hacer?

—Bueno, eso dígalo usted. Yo creo que si nuestros colegas tiradores se enterasen de que a usted lo está vigilando alguien podría haber una pequeña estampida. Me da la impresión de que alguno de ellos no querrían más líos de los que quizá ya tienen. Y eso es normal, ¿no?

—¿Puedo pedirles que no comenten nada sobre eso?

—Yo soy una chica muy discreta… cuando conviene —sonrió Beverly.

—Y yo también soy discreto —aseguró Angelo—, pero no a costa de mi seguridad personal. De modo, señor Méndez, que si hay complicaciones será mejor que nos lo diga, para que tomemos una decisión. Es lo menos que puede hacer por nosotros, después de que le hemos advertido, ¿no le parece? Y otra cosa: si usted está buscando un tirador de élite, yo puedo demostrarle que lo soy.

—Yo también —dijo Beverly.

—Yo puedo meterle una bala a un melón a ochocientos metros —dijo Angelo.

—Yo, a una naranja —sonrió Beverly.

—¿A ochocientos metros? —murmuró Méndez.

—Puedo demostrárselo cuando quiera —dijo Angelo.

—Y yo también —aseguró Beverly.

—¿Qué pasaría si no tuvieran que disparar contra un melón precisamente? —susurró el regordete.

—¿Por cuánto? —saltó enseguida Angelo.

—Eres un grosero —dijo Beverly—: ¿no sabes que hay que cederle la palabra a las damas?

—Hablas demasiado —gruñó Angelo.

Se quedaron mirando los dos a Méndez, que a su vez miraba de uno a otro. Luego, Méndez desvió la mirada hacia el estuche que Angelo había colocado sobre su mesa, se puso en pie, lo abrió, y emitió un silbidito.

—Buena herramienta, Angelini —murmuró—. ¿De dónde la ha sacado?

—Me la hicieron por encargo. La mira telescópica la compré aparte a un especialista. Tengo buenas amistades en el gremio, creo que ya se lo dije. Con este Hamerli del 7,8 que pedí expresamente

puedo hacer lo que quiera.

—En eso me ganas —susurró Beverly—: yo no tengo un Hamerli... ¡Y me gustaría tenerlo!

Obdulio Méndez se echó la carabina al hombro, y apuntó utilizando la mira telescópica. Era un arma impresionante. Y con ella, ciertamente, un tirador de élite podía acertar un melón a media milla.

Méndez devolvió como cariñosamente la carabina al estuche, y preguntó:

—¿Por qué del 7,8?

—Cada cual tiene sus manías. Podía haberla pedido del 7, del 7,5 o del 7,92... Y hasta del 8. Pero después de mucho tiempo probando me convencí de que el 7,8 era mi calibre.

—Todas estas exigencias le definen a usted como un tirador, sin duda. Un auténtico tirador, con sus... manías. ¿Las estrías son para plomo o para balas blindadas?

—Con esta arma no me gusta jugar. El cañón está estriado para balas blindadas.

Méndez cerró por fin el estuche, y tras quedar unos segundos pensativo, dijo:

—Me gustaría hablar en privado con usted después de la cena, Angelini. ¿Le parece bien?

—De acuerdo.

—Y conmigo ¿no? —protestó Beverly.

—Francamente, me interesa más el señor Angelini. De todos modos, señorita Marsh, dadas las circunstancias que concurren en los dos, usted no saldría perjudicada aunque perdiera el concurso. No sé si me ha entendido.

—Puedo hacer lo mismo que Angelo. ¡Lo mismo!

—Ya veremos. Y ahora, por favor, discúlpenme, pero tengo un asunto urgente que atender. Puede dejar su arma aquí, si quiere, Angelini.

—Está bien. Hasta luego.

Angelo y Beverly salieron del despacho. Desde la puerta de este, Méndez pidió a uno de los criados que buscara a Teodoro. Cuatro minutos más tarde, Teodoro entraba en el despacho. Y tres minutos más tarde estaba enterado de todo. Su expresión era furiosa... y preocupada.

—Maldita sea, ¡ya me extrañaba a mí...! ¡Ese maldito Honorio López ha desplazado a uno de sus hombres para vigilamos!

—No creo que haya enviado solo uno —movió la cabeza Méndez —. Seguramente hay tres o cuatro. Y eso nos va a poner las cosas un poco difíciles... a menos que mi idea salga bien. Tal como están las cosas creo que no debemos complicarnos más la vida buscando a nuestro hombre: Angelini servirá.

—Todo esto nos pasa solo porque tú no te atreves a hacer ese disparo. Y no lo entiendo, Obdulio: ¡eres todo un campeón! ¿Por qué no haces tú mismo ese disparo?

—Hay cosas que tú no sabes de esto, Teo —gruñó Méndez—. En el mundo hay miles de tiradores tan buenos como yo, capaces de colocar una bala en un melón a ochocientos metros, como dice Angelini. Pero de esos, solo unos pocos tienen el nervio necesario para proclamarse campeones del mundo. Te lo voy a explicar. Por ejemplo, en atletismo o natación, cualquier competidor puede en cualquier momento batir la marca establecida hasta entonces. Supongamos que un nadador decide probar batir la marca de los cien metros. Se convoca a unos jueces, se prepara todo, el muchacho se lanza al agua, ¡y a nadar se ha dicho! En muchas ocasiones, bate la marca. Y entonces, esa marca es aceptada... homologada por los organismos oficiales, sin más. En tiro no sucede lo mismo. Un tirador no puede ponerse en su club a tirar para conseguir los seiscientos puntos, diez por cada uno de los disparos de las doce tandas de cinco, y ello porque aunque lo consiga (que la mayoría lo consigue), su marca no es homologada...

—Pero si ha conseguido el máximo, el total de la máxima puntuación...

—Hay muchos que la consiguen... y en su club. Escucha, un campeón o un hombre optante al título, rara vez hace nueves en sus entrenamientos. Siempre dieces. Pero una cosa es tirar en el club, a ver qué pasa, o a entrenarse, y otra es tirar en plena competición con otros tiradores tan buenos como él. Aquí es donde intervienen los nervios. Y está establecido que el campeón, además de conseguir la máxima puntuación en el club, debe hacerlo en la competición. Se le exige que, además de tirar bien, tenga ese control sobre su sistema nervioso, sobre la tensión. Ese es el campeón, no solo porque tira óptimamente, sino porque en el momento de la verdad,

su control es superior al de otros competidores que también hacen dieces. Por ejemplo, en la actualidad creo que el campeón del mundo de pistola es un ruso, con 581 puntos… Algo así. Pues bien, estoy seguro de que ese ruso, en sus entrenamientos, consiguió siempre más de 581 puntos; seguramente, en muchas ocasiones, incluso pudo conseguir los 600. Pero ¡ah! en la competición no hizo 60 dieces, sino que tuvo 19 nueves. Y eso, pura y simplemente, por la tensión de la competición. Tensión que fue mayor en los otros, que en sus entrenamientos seguramente también alcanzaron alguna vez los 600. ¿Me entiendes?

—Creo que sí.

—Entonces, hablemos de mí y de Angelini. Seguramente, yo quedaré entre los primerísimos de nuestro concurso, porque a mí ni me va ni me viene, es como un entrenamiento, y ni siquiera cobraría el premio, ya que no cuento para la parte económica. De todos modos, como te digo, quedaré de los primerísimos. Pero dime que en lugar de estar jugando le meta una bala en la cabeza a un hombre a ochocientos metros y en menos de tres segundos, y la cosa cambiará completamente. Ni loco aseguraría que acertaría el disparo. Un solo disparo, una sola oportunidad, y en tres segundos. No podría hacerlo. Mejor dicho: no estaría seguro de conseguirlo.

—¿Y Angelini sí?

—Esa es la diferencia entre él y yo —gruñó Méndez—: ese hombre tiene nervios de acero. Meterá la bala donde la tenga que meter y en el tiempo concedido para hacerlo. Y no le importará ninguna circunstancia. Disparará y meterá la bala en el diez. Además, ni siquiera tendrá que disparar a ochocientos metros, sino a seiscientos. Para él sería lo mismo que disparar a un blanco a veinte pasos con pistola.

—Bueno, no sé… ¿Y los demás? Quizá haya alguno mejor que Angelini, ¿no?

—Es posible. Pero… ¿cuánto mejor? ¿Dos puntos sobre seiscientos? Eso no significa nada para lo que queremos. Simplemente, Teo, creo que hemos encontrado al hombre.

—¿Y la señorita Marsh?

Obdulio Méndez sonrió como divertido.

—También tengo pensado lo adecuado para la señorita Marsh, no te preocupes. La verás antes de la cena tomando el aperitivo.

Dile discretamente que también quiero hablar con ella después de la cena.

* * *

Obdulio Méndez terminó de encender el cigarro, y miró a sus dos visitantes, acomodados ante él en el sofá del despacho. Desde el sillón que ocupaba, Méndez pareció calibrarlos por última vez.

—Digan una cantidad a cambio de la cual harían ustedes algo... difícil y poco corriente —dijo de pronto.

—Depende de los riesgos —dijo enseguida Angelo.

—¿Pero no de lo que tuvieran que hacer?

—Yo hago lo que usted quiera por cien mil dólares.

—Ya. ¿Señorita Marsh?

—¿Cuáles son los riesgos?

—Ninguno, prácticamente. Mínimos. Casi inexistentes.

—Me gustaría saber qué tendría que hacer.

—Supongamos que fuese meterle una bala a un hombre en el pecho. A seiscientos metros. Es una suposición.

—Ciento cincuenta mil dólares. Todos los gastos pagados.

—Si ella cobra ciento cincuenta mil... —empezó Angelo.

—Arreglemos esto desde el primer momento —le interrumpió Méndez—: doscientos cincuenta mil para los dos. Sin más regateos ni exigencias.

Angelo y Beverly se miraron, y miraron luego a Méndez.

—De acuerdo —dijo Angelo.

—Yo también —aceptó Beverly.

—Supongamos entonces que lo de disparar contra un hombre no sea una suposición —sonrió Méndez.

—Señor Méndez —dijo amablemente Beverly—, ¿quiere hacer el favor de dejarse ya de tonterías e ir al grano?

—De acuerdo. Basta de tonterías. Yo les pagaré un cuarto de millón de dólares por matar a un hombre. Tendrán que disparar desde seiscientos metros en algo menos de tres segundos. Y no podrán hacer más que un disparo cada uno. Luego, toda oportunidad de insistir habrá desaparecido. Así no pueden fallar. Usted, Angelini, debe meterle la bala en la cabeza; usted, señorita Marsh, en el corazón. ¿Tienen todavía alguna duda?

—¿Quién es el hombre? —preguntó Beverly.

—Lo sabrá a su debido tiempo. ¿Aceptan?

Los dos asintieron. Méndez aprobó, satisfecho.

—Mañana empieza el concurso —dijo—. Pasarán la primera eliminatoria. Pero no la segunda...

—¡Eso es ridículo! —saltó Beverly—. ¡Yo nunca perdería...!

—Señorita Marsh, si usted quiere su parte del cuarto de millón, hará lo que yo le diga. ¿La quiere?

—Claro.

—Entonces, los dos quedarán eliminados pasado mañana. Así que, tal como sugirió la señorita Marsh, recibirán cada uno una botella de champán, un cheque que cubrirá sus gastos de desplazamiento, y se irán de aquí. Mientras tanto, la competición proseguirá. De este modo, la persona o personas que me están espiando, seguirán aquí, en Italia, merodeando la villa. Ahora bien, cabe la posibilidad de que al marcharse ustedes con sus equipajes, vuelvan a seguirlos, de modo que les facilitaremos las cosas: se irán juntos, como buenos amigos que han... congeniado y se disponen a pasar unos agradables días en París. Aquí, en París, pueden permanecer un par de días divirtiéndose, a su gusto y aire. Al tercer día tendrán que arreglárselas para tomar un avión que los lleve a Ciudad de México, y ahora sí, deberán hacerlo sin que nadie se entere. Al decir nadie, me refiero, naturalmente, a sus posibles seguidores. ¿Creen que podrán hacerlo?

—Bueno, yo no sé... —empezó Beverly.

—Deje eso de mi cuenta —dijo Angelo—. Beverly estará conmigo en todo momento, y le garantizo que si nos siguen no podrán hacerlo lo suficientemente bien. He resuelto problemas más difíciles.

—Magnífico. Desde Ciudad de México se trasladarán a San Marcos...

—¡De modo que ese es el país! —exclamó Beverly—. ¡Claro, usted es de allí, de San Marcos!

—Así es. Como decía, se trasladarán a San Marcos. En el aeropuerto nacional harán una llamada telefónica a este número —les tendió una hoja de papel—, y preguntarán por Cosme. El habla inglés, de modo que no tendrán ningún problema. Cuando consigan el contacto telefónico con Cosme, díganle, simplemente: acabamos

de llegar. Cosme entenderá, y les dirá lo que tienen que hacer. Confíen en él plenamente, hagan todo cuanto él les diga como si fuera yo mismo. Dispondrán todavía de veinticuatro horas para preparar sus armas en un lugar adecuado. ¿Suficiente con un día?

—Con mi Hamerli a mí me basta medio día, para preparar ese disparo.

—Me gusta su estilo, Angelini. Hay gente por ahí que cree que para hacer un disparo como el que tendrán ustedes que hacer basta ser un buen tirador, no saben que antes hay que ensayar la distancia, conocer la dirección del viento, y hasta, como hacen los rusos en sus competiciones olímpicas, llevar un equipo para medir la presión atmosférica. Grandes detalles para nosotros, los tiradores, pero cosas que ignoran los no aficionados. Y seiscientos metros son muchos metros... para un solo disparo y por buen tirador que uno sea. Medio día para preparar su arma me parece incluso demasiado, ya que conoce usted bien su Hamerli. Pero naturalmente, se les proporcionarán blancos, y podrán ensayar sus armas preparadas para seiscientos metros...

—Yo no tengo un arma capaz de eso —murmuró Beverly.

—El señor Angelini encontrará su Hamerli en San Marcos cuando llegue, pues no quiero que viaje con ese... equipaje. Tenemos medios discretos para hacerla llegar allá. En cuanto a usted, señorita Marsh... ¿le gustaría disponer de otro Hamerli, pero del calibre 7 y también provisto de visor telescópico?

—Con ese juguete acierto el melón con los ojos cerrados.

—Perfecto. Tendrá su Hamerli. Ah, por favor, ese número de teléfono que les he entregado deben memorizarlo y destruir la hoja.

—Ya está memorizado —le devolvió la hoja Angelo—. Bueno, señor Méndez, parece que solo queda una cuestión por resolver: ¿cuándo cobramos?

—Cuando ustedes terminen su trabajo y vuelvan a Italia, yo todavía estaré aquí, terminando el concurso. Y por favor, nada de desconfianzas: no seré yo quien haga enfadar a dos personas como ustedes. Tendrán un cheque para un banco de Suiza. No estoy loco, ¿saben?

Angelo y Beverly volvieron a mirarse, y por fin, aunque de visible mala gana, asintieron. Méndez sacó un sobre de un bolsillo interior.

—Diez mil dólares —explicó innecesariamente—. Suficiente para todos sus gastos de esta excursión. A fondo perdido, naturalmente. Supongo que tienen sus pasaportes en regla.

—Claro.

—Perfecto. Bueno —sonrió—, espero que lo pasen bien en París.

—Pero perderemos el concurso —refunfuñó Beverly.

—Vamos, señorita Marsh, ¡no sea tan orgullosa! Vino usted con la esperanza de ganar treinta mil dólares, luego me desafió para poder conseguir sesenta mil, y va a resultar que cuando esto termine se habrá embolsado ciento veinticinco mil. ¿No le parece suficiente, incluso para su orgullo?

—Caramba, puestas así las casas… —sonrió Beverly—. En fin, espero que no se olvide de las dos botellas de champán.

CAPÍTULO V

Cinco días más tarde, a las veintiuna horas, el avión de Aeroméxico que cumplía su vuelo 084 aterrizaba en una de las pistas del aeropuerto Nacional de San Marcos, a nueve kilómetros de la capital del mismo nombre.

Entre los pasajeros que descendieron del aparato y luego formaron cola en el servicio aduanal destacaban, inevitablemente, el señor Angelini, con su casi metro noventa, y la señorita Marsh, la preciosa rubia que sobre sus zapatos de alto tacón rozaba el metro ochenta.

Sin problema alguno con sus pasaportes y equipajes, fueron recibidos cordialmente en el pequeño país centroamericano vecino de Nicaragua. Y ya en el vestíbulo del aeropuerto, Angelo buscó un teléfono, desde el cual hizo la llamada. Cuando se reunió con Beverly, que esperaba junto al equipaje de ambos, esta señaló los grandes retratos que se veían por lo menos en tres puntos del vestíbulo.

—Un personaje popular —murmuró.

Angelo miró la gran fotografía más cercana, que ofrecía el rostro de un hombre de unos cincuenta años, de pequeños ojos vivos y sonrientes, boca de labios gruesos medio oculta por un gran bigotazo, y una narizota vulgar con dos verrugas a un lado. Sus lacios cabellos entrecanos parecían como planchados a partir de una frente angosta y rugosa. Sin embargo, el conjunto ofrecía una imagen de pícara simpatía y cordialidad.

—El señor presidente de San Marcos, don Nemesio Peribáñez —murmuró Angelo—. No es más que un cochino dictador. Deberíamos meterle a él esas dos balas.

—La CIA se enfadaría con nosotros —rio Beverly—. ¿Has hecho el contacto?

—Sí. Pasarán a recogernos dentro de unos minutos. Tenemos que esperar afuera.

Cargaron con el equipaje, y salieron del edificio. Se quedaron bajo la marquesina. En la noche estrellada se recortaban las palmeras de los jardines que adornaban el estacionamiento. Un avión estaba despegando.

—Cielos —dijo de pronto Beverly—, ¡qué bien lo hemos pasado en París, mi amor!

—No ha estado mal.

—¡No ha estado mal! ¡Son los dos días mejor aprovechados de mi vida desde que conozco París!

—Bueno, quizá lo hayamos pasado bastante bien.

—¡Me gustaría saber qué tendría que haber pasado para que admitieras que lo hemos pasado muy bien!

—Habríamos estado mejor en un sitio tranquilo.

—Eso sí. Pero no habríamos ganado doscientos cincuenta mil dólares. Puedes creerme o no, pero todavía estoy fastidiada por haber fallado a propósito aquellos disparos en la villa. ¡Casi me resultó más difícil meterlos fuera del diez que dentro! Además, creo que algunos se mosquearon un poco por nuestro fracaso, después de la demostración que estuvimos haciendo el día de las pruebas de armas.

—Eso no nos importa a nosotros.

—Me gustaría saber qué te importa a ti.

—Pues ya que lo dices, te contestaré: me gustaría tener un hijo.

—¿Estás hablando en serio? —murmuró Beverly.

—Tanto tú como yo ya hemos rodado bastante, ¿no te parece?

Beverly Marsh estuvo unos segundos mirando sonriente a Angelo Angelini, sin replicar; los dos quedaron silenciosos, esperando. El automóvil, negro y de un modelo de diez años atrás de la Ford, llegó siete u ocho minutos más tarde. El conductor se apeó, y se acercó.

—Soy Cosme —dijo.

—Y nosotros somos nosotros —sonrió Beverly—. ¿Qué tal está, Cosme?

—Bien, gracias —sonrió el sujeto, menudo, atildado y de expresión notablemente inteligente en su cetrino rostro—. Pondré sus cosas en el coche.

Un minuto más tarde, partían. Las maletas en el maletero, Cosme al volante, Angelo y Beverly en el asiento de atrás. Pronto se

dieron cuenta de que no se dirigían hacia la capital, cuyas luces fueron quedando a su izquierda.

—Han llegado con el tiempo muy justo —dijo Cosme de pronto —: tendrán que hacerlo pasado mañana al mediodía.

—Tenemos tiempo —aseguró Angelo—. Siempre y cuando nuestras armas estén a nuestra disposición todo el día de mañana para prepararlas.

—Ya les están esperando. Y también les están esperando unas personas que tienen varias cosas que explicarles.

—Muy bien.

La conversación terminó. Veinte minutos más tarde, el relamido Cosme enfilaba con el coche la senda que conducía a un pequeño chalet metido en un bosquecillo. Se veía luz en un par de ventanas de la planta baja.

Cuando Cosme detuvo el coche aparecieron dos hombres pistola en mano, que conversaron con él en español, y los tres miraron nacía la senda, por la que apenas un minuto más tarde apareció otro coche, que hizo una señal con las luces. Llegó el vehículo, y se apearon dos hombres, que se acercaron enseguida a Cosme.

—Nada —dijo uno de ellos—. Tranquilo, Cosme, nadie os ha seguido.

—Bien. Quedaros por aquí fuera los cuatro. Y vigilad bien. Me extraña que Honorio López no esté metiendo sus narices —asomó la cabeza al interior del coche—. Salgan, por favor. Todo está bien.

—¿A qué se refiere? —preguntó Beverly, en inglés.

—¿No hablan ustedes español?

—No.

—Bueno, no se preocupen, todo está bien. Es que habíamos tomado unas precauciones. Las personas que les están esperando hablan inglés perfectamente.

—Pues menos mal.

—Todo está previsto —sonrió Cosme.

Entraron en la casa, y Cosme lo introdujo en un saloncito donde había dos hombres, de pie, expectantes, que miraron enseguida con suma atención a Beverly y Angelo. Habían oído su llegada, naturalmente. Los dos hombres se adelantaron, tendiendo la diestra.

—Señorita Marsh, señor Angelini... ¿Todo va bien?

—Hasta ahora sí —asintió Angelo.

—Magnífico. Permítanme presentarles al señor Servando Fuentes. Yo soy Ramiro Ugalde. Por favor, pónganse cómodos. ¿Quieren tomar algo? Tenemos un excelente *whisky* de Kentucky. Oh, bueno, supongo que cenaron ustedes en el avión.

—Después de dos días cenando en París yo no llamaría cena a lo que hemos ingerido en el avión —dijo Beverly—. Pero en fin, admitamos que hemos cenado. Tomaré *whisky*.

—Yo también —aceptó Angelo.

Ugalde y Fuentes miraban con sonriente curiosidad a Beverly, y el primero dijo:

—Estamos enterados de que tiene usted un carácter... encantador, señorita Marsh. Nos agrada comprobar que es cierto. Cosme, prepáralo todo.

Cosme asintió, y se dirigió a una mesita sobre la cual había un televisor con sistema de video. Angelo y Beverly, ocuparon sendos sillones, mientras Fuentes servía *whisky* para ambos. Ugalde les ofreció cigarrillos, que ambos aceptaron. Americanos, claro.

—¿Vamos a ver televisión? —preguntó Beverly.

—Sí. Un programa privado. Estoy seguro de que le prestarán toda su atención. ¿Cosme?

—Sí, sí, por mí cuando quieran.

Fuentes les entregó los *whiskys*, y se sentó. Ugalde hizo lo mismo, haciendo una seña a Cosme, que puso en marcha el televisor. En la pantalla apareció enseguida la imagen del presidente de San Marcos, Nemesio Peribáñez, que Cosme congeló.

—Es de suponer —empezó Ugalde— que ustedes conocen ya a nuestro personaje. Como todos los buenos dictadores su imagen está en todas partes del país que humillan...

—Perdone un momento —musitó Beverly—: ¿debemos entender que ustedes no son amigos de Nemesio Peribáñez?

—Señorita Marsh —dijo casi secamente Fuentes—, nosotros somos patriotas de San Marcos. Y no encontrará usted un solo patriota que sienta... amistad por Nemesio Peribáñez.

—Entonces, evidentemente, él es el hombre que Angelo y yo tenemos que matar.

—Evidentemente. ¿Algo que oponer?

—Todo lo contrario —dijo Angelo—: a mí no me gustan los dictadores. Ni pizca.

—A mí tampoco —aseguró Beverly—, pero el hecho cierto es que bajo la dictadura del señor Peribáñez San Marcos es un país en paz, aislado de las convulsiones centroamericanas.

—Es una paz falsa y basada en el oprobio y la explotación criminal del pueblo, señorita Marsh. Todo es ficticio. Y día a día, el presidente va llenando sus arcas particulares y las de sus cómplices, mientras el país se va hundiendo en la miseria y la desesperanza. Nos complace decirles que nosotros queremos terminar con esto de una vez.

—¿Y a quién pondrán en la presidencia una vez muerto el señor Peribáñez?

—Habríamos llegado a eso de todos modos, inevitablemente, pese a que no es cuestión que les concierna a ustedes. El hombre que salvará la dignidad y la prosperidad del pueblo de San Marcos es el general Tito Contreras… Augusto Contreras. Se le llama Tito como diminutivo de Agustito. ¿Le interesa a usted la política, señorita Marsh?

—Ni poco ni mucho.

—Lo que Servando quiere decir es si a ustedes les importa matar al presidente.

—En absoluto —negó Angelo—. No creíamos que la pieza fuese tan importante, pero debimos comprenderlo, claro. Por nuestra parte, si ustedes quieren que muera lo mataremos. Es muy simple.

—En ese caso, prosigamos —dijo Ugalde, como tranquilizado—. Bien, como les decía, este es Nemesio Peribáñez. Está previsto que pasado mañana participe en el desfile militar del Día del Ejército. Una bufonada más del dictador, que quiere camelar a las tropas. Es un zorro. Sabe que el general Contreras está ganando popularidad, y por eso ha decidido… restarle su poquito de gloria de encabezar el desfile, como corresponde a Tito Contreras en su calidad de jefe de las fuerzas armadas del país. Dentro de cinco meses y pico habrá elecciones en San Marcos, para la presidencia, se entiende, y aunque Peribáñez hará su sucia jugada de siempre de alterar los resultados de las votaciones, quiere crear un clima en el que parezca que el pueblo le quiere y le aclama. Así que todo está dispuesto con sus sicarios para que durante el desfile de las fuerzas armadas, encabezadas por él, el pueblo… es decir, los miserables de siempre bien controlados y aleccionados, le aclamen. Es una afrenta

al general Contreras y una mentira gigantesca de cara a la información internacional. Cuando el video del desfile se proyecte en las televisiones de todo el mundo se verá al pueblo aclamando a Peribáñez. ¡Mentira asquerosa!

—Señor Ugalde, ya hemos entendido la situación —dijo fríamente Angelo—. Lo que queremos saber nosotros es cómo y desde dónde tendremos que disparar.

Ugalde asintió, y le hizo otra seña a Cosme, que puso de nuevo en marcha el video. Apareció una gran avenida, por la que circulaban tropas y vehículos de combate.

—Este es el desfile del año pasado. Dirigiéndolo, pueden ver ahora, en el coche descubierto, al general Contreras. Desde hace siete años viene haciéndolo, y siempre, el desfile pasa por el mismo recorrido. Este año, nuestro canallita particular, don Nemesio Peribáñez, lo ha cambiado, naturalmente en busca de seguridad, cosa que nunca ha hecho Tito Contreras. El señor presidente ha escogido una ruta en la que hay avenidas más amplias, y por supuesto, la vigilancia en ella será total. Ha sido todo estudiado muy meticulosamente, de modo que es imposible que nadie pueda atentar contra la vida de Peribáñez. Sin embargo, la única ocasión de que podemos disponer para matarlo es la del desfile, ya que el resto del tiempo nuestro señor presidente, que sabe muy bien que nadie le quiere, viaja en coche blindado y debidamente escoltado. Ha sido por completo descartada ya hace tiempo la posibilidad de que alguien pueda hacer con él lo que hicieron con el señor Reagan. Ah, no, nuestro presidente es mucho más cauto, y su escolta son algo así como gorilas amaestrados que no confiarían ni en su propia madre. De modo que es imposible atentar contra él... salvo el día del desfile.

—Pero si él ha elegido una ruta que... —empezó Angelo.

—Ni Peribáñez ni sus técnicos de protección personal han previsto la existencia de un hombre capaz de acertar un blanco de su tamaño a una distancia superior a los cuatrocientos metros. Es más, ni siquiera parecen haber sospechado la existencia de una atalaya situada a seiscientos treinta y dos metros desde la cual, y durante dos segundos y siete décimas exactamente, un tirador tendrá a su alcance al dictador...

—Perdone un momento —murmuró Angelo—. Esa distancia,

esos seiscientos treinta y dos metros, ¿son exactos?

—Exactísimos, señor Angelini. Han sido medidos con un telémetro de alta precisión adquirido en los Estados Unidos. Seiscientos treinta y dos metros, ni uno más ni uno menos.

—¿Podremos la señorita Marsh y yo disponer de ese telémetro durante todo el día de mañana?

—Naturalmente. Y además podrán practicar en un lugar solitario, entre las montañas, y elegir un puesto de tiro desde el cual hasta el blanco haya la misma inclinación que hay desde la atalaya al lugar por dónde pasará Peribáñez.

—No se puede pedir más —comentó Beverly.

—Parece que no —asintió Angelo—. ¿Cuál es esa atalaya?

Ugalde señaló el televisor, en cuya pantalla, y durante cinco o seis minutos, continuaron las imágenes del desfile del año anterior. De pronto, terminaron. Aparecieron imágenes aéreas de la ciudad.

—Estas imágenes han sido tomadas desde un helicóptero privado —explicó Ugalde—. Ustedes pueden ir viendo ahora las calles y avenidas por las que este año desfilarán las fuerzas armadas. Cosme las irá señalando con el puntero... Eso es. Vean la amplitud de las avenidas, los parques a los lados, la arboleda que hay frente a los edificios desde los cuales podrían disparar contra la comitiva... Los técnicos de protección de Peribáñez no lo han hecho mal... del todo. Vean. Ahora, desfilan por el paseo del Mar. Palmeras a la izquierda, el mar a la derecha, donde, claro, no se permitirá la presencia de embarcación alguna... Todo perfecto. Sin embargo —Ugalde dejó de hablar hasta que, de pronto, Cosme detuvo la proyección, dejando congelada la imagen—. Sin embargo, desde esta posición, vemos pasar el desfile entre dos edificios, uno de cinco pisos, el otro de tres. Estarán debidamente vigilados, sería una locura intentar algo desde cualquiera de ellos. Ahora bien, esta imagen ha sido tomada desde la terraza de un edificio que está tres calles más atrás de la del desfile. Este edificio, una fanfarronada más del dictador, tiene catorce pisos, y en él está la flor y nata de los negocios de San Marcos: bancos, oficinas de líneas aéreas, despachos de conexión con multinacionales... Bueno, todo eso. Para mayor fanfarronada, en la azotea del edificio, nuestro ínclito presidente ordenó construir un pequeño helipuerto, a fin de impresionar a nuestros visitantes yanquis especialmente, hombres

de los grandes negocios. Pues bien: en el piso trece de este edificio hemos conseguido nosotros un despacho. Y desde su terraza hemos tomado estas imágenes. Desde esa terraza, durante dos segundos y siete décimas, tiempo calculado sobre la velocidad normal del desfile, se podrá ver pasar a Nemesio Peribáñez en el coche descubierto del general Contreras.

—¿Lo han comprobado? El tiempo, quiero decir.

—Por supuesto. Hemos hecho no menos de treinta pasadas con un automóvil, y siempre el tiempo de exposición de nuestro automóvil entre esos dos edificios ha sido de dos segundos y seis a ocho décimas. Naturalmente, también hemos utilizado un cronómetro de la mejor calidad. Así pues, esa es la cuestión. Durante dos segundos y siete décimas, Peribáñez estará a seiscientos treinta y dos metros del tirador que espere en la terraza. Solo dispondrá de ese tiempo desde que aparezca por detrás de un edificio hasta que el siguiente lo oculte. Si fallamos entonces, podemos despedirnos de conseguirlo nunca jamás. Sin contar con que, inmediatamente, las represalias a todos los niveles del pueblo, en busca de nuestro grupo, serían sencillamente espantosas.

—¿Qué inclinación hay desde la terraza hasta el lugar del blanco? —preguntó Beverly.

—Treinta y nueve grados.

—Oigan, esto está mascado, como suele decirse —masculló Angelo—. ¿De verdad no tienen un tirador aquí capaz de hacer ese disparo?

—En tiro normal el propio Obdulio Méndez podría conseguirlo —dijo Fuentes—. Y tenemos dos más que quizá lo conseguirían. Pero estoy diciendo en tiro normal. Obdulio insistió mucho en esto de la calidad nerviosa del hombre. Y decidimos no correr riesgos de fallar esa única oportunidad. Cualquiera de los tres o cuatro hombres nuestros que en circunstancias normales quizá acertasen un blanco situado a seiscientos metros, es casi seguro que se pondría nervioso ante la responsabilidad de ese único disparo. Señor Angelini: en menos de tres segundos usted tiene que apuntar, disparar, y meter la bala en el pecho de un ser humano. Si no siente nada por él, cabe esperar que le acierte. Pero si lo odia, si sabe la gran responsabilidad que ese disparo significa para usted mismo y para su patria en peso, no me sorprendería que su pulso temblara

un milímetro. Y dígame: ¿cuántos milímetros serían después de recorrer la bala seiscientos metros?

—Los suficientes para fallar.

—¿Puede usted disparar sin emoción alguna?

—Sí. Y ya comprendo por qué Méndez quiso que viniera también Beverly. Puesto que ella y yo ya sabíamos que algo raro estaba pasando, decidió sincerarse con nosotros… y asegurarse la muerte del dictador apostando dos tiradores.

—Exacto. ¿Señorita Marsh?

—Puedo hacerlo —asintió Beverly.

—¿Alguna vez han matado antes de ahora?

—Yo no —dijo Beverly.

Angelo permaneció en silencio, que fue interpretado por Ugalde y Fuentes como muy conveniente para sus planes.

—En vista de sus circunstancias —dijo suavemente Ugalde— nos parece oportuno concederle a la señorita Marsh el pecho del dictador, y al señor Angelini la cabeza. Para usted, señorita Marsh, será más fácil técnicamente y menos traumático emocionalmente disparar a un pecho sin ver nada más. Y es de esperar que al señor Angelini no le afecte ver por el visor de su arma el rostro de una persona a la que debe colocarle una bala en la frente o en un ojo. ¿Estamos entendidos?

Los dos asintieron, y Angelo preguntó:

—¿Podremos ver ese despacho, ese decimotercer piso?

—No hasta mañana por la noche. Se pasarán el día preparando su único disparo. Hacia las tres de la madrugada, subrepticiamente, serán traídos a la ciudad y guiados hasta ese despacho. Desde las tres de la madrugada hasta que amanezca, podrán hacer sus mediciones telemétricas, angulares, o lo que quieran. Pero en cuanto se haga de día tiene que parecer que no hay nadie en ese despacho.

—Entendido. ¿Alguna instrucción más para nosotros?

—Estamos seguros de que ya lo han entendido todo, señor Angelini.

—Desde luego. Lo que todavía no hemos entendido, porque no lo han mencionado ustedes, es cómo escaparemos después de disparar. Si no comprendimos mal el sistema de fuga era poco menos que infalible.

—El helicóptero —dijo Fuentes—. Estará previsto que en el momento en que se produzcan los disparos se hallará a unos quinientos metros del edificio. Es el tiempo que necesitarán ustedes para subir al helipuerto, el helicóptero llegará allá, los recogerá inmediatamente, y los llevará a un lugar al otro lado de la frontera con Nicaragua en previsión a que en el acto fuesen cerradas las fronteras de San Marcos. En Nicaragua se les facilitará un pasaje para regresar a México, y esperamos que desde allí no tengan problemas para volver a Europa.

—Oigan, ustedes han tenido que trabajar mucho en esto, ¿no es así? —exclamó Beverly—. ¡Parece que no puede haber ningún fallo!

—En realidad, nuestro único temor está en que a ustedes les falle el pulso en una ocasión tan importante.

—Pues por nosotros no quedará —dijo Angelo.

—Entonces no hay más que hablar. Ahí fuera hay una camioneta cargada con todo lo que necesitan ustedes, además de abundante munición para los dos Hamerli. Lamentablemente, tendrán que quedarse solos en ese lugar hasta mañana a las doce de la noche, pues todos nosotros debemos aparecer normalmente en nuestras actividades en San Marcos, a fin de evitar suspicacias. No obstante, también van a disponer de una radioemisora de baterías con la que podrán comunicarse con un amigo de Cosme si fuese imprescindible. Y digo imprescindible. Hay un par de horas de camino hasta las montañas donde ensayarán, así que considerando que deben estar cansados sería conveniente que se pusieran en camino cuanto antes. Cosme conoce el camino, les va a llevar allá, les ayudará a descargarlo todo y a instalarse, y regresará. ¡Viva San Marcos!

CAPÍTULO VI

Las luces de la camioneta se perdieron en la distancia, dejando completamente a oscuras a Angelo y Beverly frente a la cabaña. Alrededor de ellos todo eran montañas, y el ambiente resultaba casi frío. La cabaña era un refugio de pastor, por supuesto sin agua corriente ni electricidad. En aquel silencio oscuro y frío, con las estrellas en un cielo de terciopelo, los dos tiradores podían creer que se hallaban en los principios de un mundo deshabitado.

—¡Viva San Marcos! —rio Beverly.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

Angelo le pasó un brazo por los hombros, y entraron en la cabaña, teniendo que inclinarse ambos para no darse con la cabeza en el dintel de carcomida madera. Además de la puerta, había una ventana, y ambas disponían de gruesas cortinas, que corrieron. La oscuridad ya no podía ser mayor.

—Huy, qué miedo —dijo Beverly.

Angelo refunfuñó algo, y ella rio. El encendió su mechero, y con él la lámpara de gas. Una iluminación amarillenta y cálida se esparció por el pequeño habitáculo de una sola pieza, en uno de cuyos rincones había un jergón, y junto al cual había sido colocado un catre de campaña.

—Camas separadas —dijo Beverly—. No me parece romántico.

—Pues no creo que ninguna de ellas por sí sola soporte el peso de los dos. Ni el tamaño.

—La culpa es tuya, por ser tan gigantón.

—Voy a echar un vistazo al material.

—Bueno.

Angelo comenzó a examinarlo todo, mientras Beverly retiraba las colchonetas del jergón y el camastro, y las colocaba juntas en el suelo, formando un solo lecho, sobre el que colocó las mantas

adecuadamente. Angelo estaba observando el funcionamiento del cronómetro tras haber examinado la radio. Luego, mientras examinaba escrupulosamente su Hamerli y el que le habían destinado a Beverly, esta preparó un par de bocadillos y descorchó una botella de vino.

—Parece un buen vino —dijo—. Voy a probarlo.

Bebió directamente de la botella, sin empacho alguno.

—Tu Hamerli también es bueno —dijo Angelo—. Vamos, no bebas así, te estás tomando demasiado en serio esta vida selvática.

—¡Volvamos al primitivismo! ¿Crees que habrá culebras por estos lugares?

—No son las culebras las que me preocupan.

—¿Crees que nos habrán seguido?

—Me parece que no, pero no olvidemos que el tipejo del cine de Roma nos conoce, y sin duda sabe que nos hemos marchado de la villa de Méndez, así que habrá avisado.

—Lo que significa que quizá nos estén esperando en San Marcos. Aunque también podrían creer que estamos divirtiéndonos en París.

—No.

—Eso es una estufa de gas, ¿verdad? —señaló Beverly.

Angelo la encendió. En pocos minutos, mientras consumían los bocadillos y media botella de vino, el ambiente se caldeó muy agradablemente. El silencio era total. El fin del mundo. O el principio.

—Dirás lo que quieras —habló de pronto Beverly—, pero esta situación resulta de lo más insólita y hasta divertida para nosotros.

—Esperaba que dijeras que era romántica.

—Oh, eso también.

Terminada la cena, Beverly se desnudó completamente, y se quedó mirando a Angelo, que la contemplaba inexpresivo, como si la deslumbrante belleza del cuerpo femenino no le impresionase en lo más mínimo. Agarró las dos pistolas, fue a dejarlas una a cada lado del lecho, y luego, inclinándose, besó un pezón a Beverly, que se estremeció.

—¿Todavía tienes frío?

—Un día me matarás con uno de estos besos —susurró ella.

Angelo se desnudó, abrazó a Beverly por la cintura, y la besó en la boca. Cada uno de ellos sentía el fuerte palpitar del corazón del

otro contra el suyo. Era un redoble con cierto ritmo. Beverly separó su boca de la de Angelo, y la deslizó hacia su oído.

—No me hagas esperar más —susurró.

Se tendieron juntos, y volvieron a besarse. Beverly tiró de Angelo hasta que él quedó encima, sin deshacer el beso. Tuvo que apartar su boca para suspirar profundamente. Se abrazó a su espalda. Parecieron envolverse uno con el otro. El suspiro de Beverly volvió a oírse. Angelo la besó en un lado del cuello. Ella le mordió en un hombro.

En cuestión de minutos el mundo adquirió para ellos un hermosísimo color rosa.

* * *

—¿Qué hora debe ser? —susurró Beverly.

Apoyado de costado junto a ella, Angelo no contestó. Todo lo que hizo fue besarla en un pecho. Beverly le apartó «enfadada».

—¡No hagas eso! —exclamó.

—¿Por qué no?

—¡Porque me gusta!

—Creo que deben ser las seis de la mañana, pero el ambiente todavía estará frío ahí fuera. Tenemos tiempo.

—¿De qué?

—A ver si lo adivinas.

—Angelo, te vas a matar.

—Probemos.

Angelo Angelini no se mató, ni mucho menos. Tuvieron tiempo dos veces. Luego se vistieron, y Beverly se dedicó a preparar otros bocadillos y café mientras él salía a echar un vistazo por los alrededores. La luz del sol inundó la cabaña, y Beverly apagó la lámpara de gas y la estufa. Angelo regresó veinte minutos más tarde.

—He encontrado el lugar adecuado para los disparos.

—¿Has visto algo más?

—No te lo vas a creer.

Ella se quedó mirándolo súbitamente atenta.

—¿El metro de Nueva York? —preguntó.

—El reflejo del sol en unos prismáticos.

—¡Oh, no! ¡Qué ridiculez!
—El café huele muy bien.
—¿Cuántos crees que pueden ser?
—Los suficientes para hacer frente a dos tiradores como somos nosotros. Y no olvidemos que nuestras armas son de un solo disparo.
—Las pistolas no.
—¿De qué puede servir una pistola a trescientos metros?
—Según las advertencias son peligrosas a media milla.
—Yo no creo que nos vayan a tirotear.
—Ya veremos. De momento, desayunemos. Luego iremos al lugar que he elegido para los ensayos.

* * *

Tendido boca abajo tras un pequeño promontorio de una de las montañas, Honorio López, jefe del servicio secreto de San Marcos, estaba pura y simplemente aterrado. En diagonal, el blanco contra el cual estaban disparando los dos extranjeros distaba de él unos doscientos metros, y con los prismáticos podía ver lo certero de los sucesivos impactos. Aterrado, eso era todo.
—Dios bendito —murmuró—. Son máquinas de tirar.
Sin prisa y sin pausa, tan solo con pequeños intervalos durante los cuales el hombre iba a cambiar el blanco, los disparos se sucedían, perdiéndose con blandos ecos entre las montañas. Junto a Honorio López, dos de sus hombres permanecían en silencio, cada uno de ellos con un rifle en las manos. Otros tres hombres se hallaban distribuidos estratégicamente alrededor de los dos tiradores excepto en la parte del círculo donde estaban los blancos. En un segundo, cinco rifles de repetición podían concentrar su fuego sobre los extranjeros.
Pero esto habría sido impropio de un hombre de la inteligencia de Honorio López. Dos cadáveres no sirven absolutamente para nada. Dos seres vivos pueden ser muy útiles, en cambio. Sobre todo, bien manejados.
—Me pregunto qué estamos esperando, Honorio —dijo José.
—Cállate.
José tuvo que permanecer callado dos horas más. Con seguridad,

el hombre que estaba a su lado, Alberto, estaba no menos impaciente y mosqueado que él. Y no digamos de los otros tres, Luciano, Marcos y Miguel, en sus respectivos asentamientos esperando la orden de disparar. El sol estaba ya muy alto.

Casi a mediodía, Honorio López pidió:

—Dame ese chisme, Alberto.

Este le tendió el megáfono de mano. Honorio lo colocó ante él, y volvió a mirar con los prismáticos a los extranjeros. Esperó a que disparasen cada uno su tiro, y, cuando se disponían a recargar las carabinas, se colocó el megáfono ante la boca y gritó:

—¡Dejen caer esos rifles y apártense de ellos! ¡Los tenemos rodeados y bajo el fuego de nuestras armas!

Los dos extranjeros habían quedado inmóviles. A Honorio le pareció ridícula su propia voz alejándose entre boscosos valles. ¡Qué manera tan tonta de dar el alto a alguien! Pero, evidentemente, estaba dando resultado. Los dos extranjeros no dejaron «caer» sus armas, sino que las depositaron cuidadosamente en tierra, y, eso sí, se alejaron de ellas. Parecían muy desconcertados. Natural.

—¡Aléjense todavía más! ¡Y no se muevan!

Otra tontería. ¿Cómo habían de alejarse si no se movían? Pero su orden fue interpretada en su sentido exacto, y los dos extranjeros se alejaron unos treinta pasos más de sus armas y quedaron inmóviles.

—Vamos allá —dijo Honorio.

Primero se dejaron ver él y Alberto y José, acercándose a los inmóviles personajes. Cuando estuvieron a unos cincuenta metros, ya bien controlados con sus armas por mal que tirasen, aparecieron los otros tres, que también se acercaron rápidamente, dando resbalones a cada momento. Muy pronto, Angelo y Beverly se encontraron casi en el centro de la pequeña meseta desde la cual habían estado disparando ladera abajo con una inclinación de treinta y ocho grados contra los blancos situados a seiscientos treinta y dos metros con la ayuda del telémetro. Alrededor de ellos, seis hombres que les apuntaban, cinco con rifles y uno con pistola.

Honorio movió la pistola para subrayar la orden:

—Pongan las manos sobre la cabeza.

Los dos extranjeros obedecieron sin rechistar. A decir verdad,

Honorio estaba asustado. No podía evitarlo. Ahora que veía los ojos del hombre fijos en él sentía continuos repeluznos. La mujer ya era otra cosa, tan bonita… Pero, bien mirados, tampoco sus ojos le hicieron mucha gracia a Honorio. Ah, eran bellísimos, sí, pero…

—Marcos, mira a ver si llevan otras armas.

Marcos se adelantó, palpó el torso y las caderas de Angelo, y luego se detuvo ante Beverly, turbado. Ella sonrió irónicamente.

—No llevan nada —dijo Marcos.

—A ella no la has registrado.

—Coño, Honorio…

—No, eso no: solo el cuerpo, animal.

—Pero si se nota que no lleva nada.

—¡Que le metas mano, idiota!

Marcos palpó tímidamente el torso de Beverly y sus caderas hacia la zona baja. Luego gruñó algo, y se apartó.

—Nada —dijo.

—¿Quieren un poco de café? —ofreció Beverly.

—Lo que queremos es que nos digan qué están haciendo aquí —casi gritó Honorio.

—Estábamos ensayando disparos de seiscientos treinta y dos metros —Beverly miró a Angelo—. ¿Verdad, mi amor?

Angelo no contestó. Honorio miraba de uno a otra. Jamás en su vida había conocido a nadie que tuviera una tranquilidad tan pasmosa.

—¿Y eso para qué? —preguntó.

—Para matar mañana a don Nemesio Peribáñez.

El estupor impidió reacciones de más envergadura en los seis hombres. Honorio oía y no creía. Por fin, ladró:

—¡De modo que lo confiesan!

—Hombre, claro —dijo la preciosísima rubia—. ¡A ver si se cree que vamos a esperar a que nos arranquen las uñas y todo eso para decirlo! ¡Qué tontería! Usted es de la Gestapo, ¿verdad?

—¿De qué? —se pasmó Honorio.

—De la Gestapo particular de Nemesio Peribáñez. Algo así como un siniestro jefe a las órdenes del dictador. Oiga, no me diga que no sabe usted qué era la Gestapo, señor… señor…

—Honorio Lóp… ¡Claro que sé lo que era la Gestapo!

—Menos mal. Escuche, Honorio, me cansa tener las manos sobre

la cabeza. ¿Sería tan amable de permitirme bajarlas?

—¡Ustedes son unos asesinos!

Incluso el imperturbable Angelo comenzaba a sonreír. Era una situación de lo más graciosa, en verdad chocante.

—¿Y usted qué es? —preguntó Beverly.

—¡Yo soy el jefe del servicio secreto de San Marcos, señorita!

—Tanto gusto. ¿Verdad que el hombrecillo del cine de Roma les avisó de que quizá nosotros apareciéramos por aquí? Pero apuesto a que no sabe nuestros nombres. Mi amor se llama Angelo Angelini. Yo soy Beverly Marsh. ¿Puedo bajar los brazos?

—¡Bájelos!

—Uf, menos mal. ¿Qué me dicen de lo del café?

—¡No queremos café!

—¿Whisky, entonces? Nos han surtido muy bien de todo. Incluso de un plano con instrucciones para cometer el asesinato.

—¡Quiero ver eso!

—¿Por qué está tan irritado? Se ve bien claro que Angelo y yo estamos dispuestos a colaborar, ¿no le parece? Francamente, me fastidian las personas con malos modales, Honorio.

—Sí, ¿eh? Bueno, pues vamos a ser finos: ¿sería tan amable de entregarme ese plano con las instrucciones para matar al señor presidente?

—Con muchísimo gusto. ¿Ve qué fácil? Vamos a la cabaña y...

—Iremos usted y yo —cortó Honorio—, y su amigo se quedará aquí. Tú ven conmigo, José. Vosotros, si este tipo intenta algo disparadle. Usted, señorita, camine. ¡Y nada de trucos!

Beverly asintió, dio la vuelta, y se encaminó hacia la cabaña, seguida por Honorio y José, ambos mosqueados, y ambos apuntando a la femenina espalda con sus armas. Llegaron a la cabaña, y Beverly empujó la puerta y se apartó.

—Cuidado al entrar —recomendó—. Aunque ustedes son chiquitines podrían lastimarse en la cabeza.

—Usted primero —la miró con desconfianza Honorio.

—Gracias, muy amable.

Beverly entró en la cabaña, inclinándose bajo el dintel y sujetándose con ambas manos en los lados del marco. Su mano derecha asió la pistola que había quedado sujeta allí con esparadrapo, en la parte interior, Se la colocó ante el pecho

rápidamente, terminó de entrar, y se volvió al oír a los dos hombres tras ella.

La boca de José se abrió de par en par, y acto seguido se crispó en un gesto de intenso dolor al recibir un punterazo justo en los testículos, que lo hizo encogerse y caer fulminado al suelo. Honorio no tuvo tiempo ni de respingar. La mano izquierda de Beverly asió su muñeca derecha, con firmeza increíble, y la apartó, mientras la derecha colocaba su pistola ante la nariz de Honorio, que finalmente tocó con la punta.

—Fea nariz tiene, señor López —dijo Beverly—. ¿Quiere que le haga la cirugía estética?

Honorio todavía no había tenido tiempo de asustarse. Por el momento, su actitud, toda su emoción, era de incredulidad. Pero de pronto la realidad se impuso, y palideció. Intentó soltar su mano derecha de un tirón, pero tuvo la impresión de que la mano de la señorita Marsh no era tal mano, sino una argolla de acero.

—Vamos, no sea tonto. ¿Cree que les habríamos permitido acercarse si no tuviéramos nuestro propio juego? Y nos ha salido mejor de lo que habíamos planeado. ¿Quiere que se lo explique?

—No podrán escapar —jadeó Honorio.

—Veo que tendré que explicárselo —suspiró con resignación Beverly—. Lo de aquí no hace falta, ya han visto lo que ha pasado. Le diré lo que va a suceder si usted no se aviene a razones: le voy a partir a usted la cabeza con la pistola, voy a coger el rifle de su amigo José, y con él voy a matar a dos de sus otros amigos antes de que se den cuenta de lo que está pasando. Cuando los dos vivos se den cuenta y quieran hacer algo, Angelo habrá sacado la pistola que lleva sujeta a una pantorrilla, y los habrá matado en un abrir y cerrar de ojos. ¿Es eso lo que quiere?

Honorio López se pasó la lengua por los labios, y no tuvo voz para contestar.

—Me parece que no es eso lo que quiere —sonrió Beverly—. De modo que va a hacer usted exactamente lo que yo le diga. ¿De acuerdo, Honorio?

CAPÍTULO VII

—¿Seguro que no quieren café? —insistió Beverly.

Los seis hombres, sentados en el suelo uno junto a otro con las manos atadas a la espalda y unidos a sus pies por una larga cuerda, miraban hoscamente a la bella Beverly.

Aunque en realidad, estaban más enfadados con ellos mismos que con su encantadora anfitriona. Sobre todo, Honorio López, que en el supuesto de que saliera con bien de aquel asunto veía más que problemático su futuro como jefe del servicio secreto de San Marcos.

Y es que había para estar irritado, vamos. Pero... ¿qué otra cosa podía haber hecho sino pedir a sus hombres que depusieran las armas? Aun en el supuesto de que Beverly Marsh no hubiera podido matar a dos de sus hombres y Angelo Angelini a los otros dos, lo que sí era seguro es que la muchacha podía haberlos matado fácilmente a él y a José, y por lo menos a uno de los cuatro de afuera. Si Angelo Angelini, a su vez, podía matar aunque solo fuese a otro con su pistola, ya serían cuatro muertos. Y si los dos que podían quedar mataban a Angelini, quedarían, mientras tanto, a tiro de la muchacha desde la cabaña... Un desastre, sin la menor duda.

Así que había capitulado, con sensatez pero con ira. Y ahora, la muy descarada les ofrecía café.

—Ustedes son unos asesinos —insistió.

—¡Y dale, qué manía! Nosotros somos tiradores de élite, eso es todo. Peor sería que fuésemos tiradores de cañón.

—¿Qué?

—¿No sabe usted eso? —Beverly se sentó en un taburete que parecía podrido—. En Estados Unidos hay gente que en lugar de divertirse pegando tiros con pistola o carabina, como hacemos Angelo y yo, lo hace utilizando cañones.

—No hace falta que se burle de nosotros.

—Que no, Honorio, que no, que es verdad. Mire, de cuando en

cuando esas personas organizan un concurso de tiro de cañón, así que se suben a sus coches y se van al terreno de tiro remolcando sus cañoncitos, y allá hacen la competición a ver cuál de ellos mete la bala más cerca del blanco. Pero no son proyectiles explosivos, sino simplemente enormes balas (2). Caen, se hunden en el terreno, puntúan y eso es todo. En fin, cada cual utiliza el arma que quiere, ¿no?

—Eso es mentira.

—¿Tengo cara de mentirosa?

Honorio López abrió la boca, se quedó así un par de segundos y luego la cerró con seco chasquido de dientes. ¿Sería idiota? ¡Pues no había estado a punto de contestar que no!

—Me parece que no es usted tan tonto como parece —sonrió Beverly—. Pero mire, eso de los cañoncitos no es nada. Hay otras personas que hacen concursos de tiro con armas antiguas, ya sabe, arcabuces y cosas de esas. Es de lo más pintoresco. ¡Utilizar esos chismes en estos tiempos! Pero como decía antes, cada cual se divierte a su manera. ¿Y un cigarrillo? ¿Les apetece un cigarrillo?

Honorio vaciló, y por fin masculló:

—Bueno, eso sí.

Beverly se dedicó a encender cigarrillos, que fue colocando entre los labios de los seis prisioneros, y se quedó con uno para sí. Volvió al taburete.

—Pues como les decía, hacen concursos de armas antiguas. ¡No se pueden imaginar la humareda que provocaban a cada disparo! Pero es natural... ¿Sabe cómo cargan las armas los más refinados?

—¿Cómo? —farfulló Honorio.

—Pues primero atacan el cañón con la pólvora suelta... La palabra «atacan», en este caso, quiere decir que meten pólvora por el cañón, simplemente. Luego, la aprietan un poco con una baqueta larga. Después, ponen cantidad de sémola de trigo o así. Y por fin, meten la bala, envuelta en un trocito de tela empapada en aceite. Lo del aceite es para que la bala se deslice mejor por el cañón, que no tiene estrías. Y lo de la sémola es para que absorba el aceite sin darle tiempo a humedecer la pólvora. Entonces, ¡pum! y aquello es terrible. Huele como a sopa de sémola aceitada. Y es que los hay caprichosos, maniáticos y refinados. Pero no todo va a ser moderno en la vida, también lo antiguo tiene su gracia.

—Eso también es mentira.

—Que no, Honorio, que es verdad (3). Tan verdad que hay algunas fábricas de armas que destinan parte de su producción a esos artefactos antiguos, copiándolos exactamente. Claro, han de ir haciendo más porque esos viejos cacharros se van estropeando. Cualquier día Angelo y yo vamos a meternos en uno de esos concursos de tiro de cañón y de armas antiguas. Caprichos.

—¿Dónde está su amigo?

—Ha ido a cazar pájaros con tirachinas. Porque no sería deportivo cazarlos a pistola, ¿verdad? ¡Sería tan fácil...! Y ya que estarnos hablando de pistolas y de tipos maniáticos... ¿Ustedes saben lo que es pasta de madera? ¿Lo saben?

Nadie lo sabía, y Honorio continuó erigido en portavoz de los seis fracasados espías de San Marcos:

—No.

—Pues la pasta de madera es eso, una especie de pasta que sirve para rellenar las culatas de las pistolas especialmente. Usted ya sabe que cada cual tiene su mano, ¿verdad? Quiero decir que unos tienen la mano grande, como Angelo, y otros la tienen pequeña, como yo. Así que se fabrican pistolas con catchers o empuñaduras adecuadas para manos pequeñas o manos grandes. Aun así, queda luego lo de las características de cada mano. Por ejemplo, como mi mano es fina y delicada, a lo peor todavía no encaja bien la pistola. Entonces, hago una especie de relleno con pasta de madera en la culata, hasta que le doy la forma que le va exactamente a mí mano. Es una chapuza, pero va estupendamente. La pistola queda como formando parte de la mano, y los disparos son perfectos. En una ocasión me hablaron de un tirador que era tan peculiar, tan peculiar, que cuando el alza de su pistola se alteraba un poco, en lugar de arreglarla lo que hacía era poner pasta de madera en su culata para que el arma sufriera un desvío que compensara el del alza. ¿No es verdaderamente chocante? Pero bueno, estamos hablando de refinados y maniáticos, claro. En lo que se refiere a Angelo y a mí no tenemos tantas complicaciones: nosotros somos verdaderos tiradores de élite, unos fuera de serie, y con cualquier arma podemos hacer lo que nos venga en gana. Y esos, Honorio, son para mí los verdaderos tiradores de élite. Allí pongo el ojo, allí pongo la bala. Es muy simple.

—No conseguirán matar a don Nemesio Peribáñez.

—¿No? ¿Qué se apuesta?

—Algunos de mis hombres saben que Cosme Salazar está metido en esto. Por eso lo vigilamos. Y sabemos también ahora que estuvieron ustedes con Fuentes y Ugalde en el chalet de un amigo de Ugalde... ¿Qué se han creído?

—Todo lo que me dice lo hemos supuesto, pues de otro modo no comprendíamos que usted hubiera aparecido aquí esta mañana. Aunque me imagino que se han pasado la noche vigilando ahí fuera. ¿Ha hecho mucho frío?

—¡No conseguirán sus propósitos!

—Quizá no, pero de momento lo seguro es que nadie sabe que ustedes nos siguieron hasta este lugar, así que, en resumen, no saben nada de nada de un modo concreto. Y mientras sus amigos les buscan a ustedes nosotros iremos a San Marcos y mataremos al dictador. Le aseguro que va a ser de lo más fácil...

Beverly se calló, y escuchó con atención. Pero se tranquilizó enseguida. A los pocos segundos entró Angelo en la cabaña, con una carabina en la mano y una pistola metida en el cinturón.

—He encontrado la camioneta. No hay nadie más. Y si alguien se acerca por aquí no les será fácil encontrarla, pues la escondieron muy bien. Parece que han pasado la noche en ella.

—Menos mal. Así no han tenido tanto frío. ¿Lleva radio la camioneta?

—No.

Beverly sonrió, y miró de nuevo a Honorio.

—Ni siquiera eso, Honorio: una simple radio para que los llamasen y al no recibir respuesta se inquietaran por ustedes. Son muy descuidados. Pero claro, tampoco se les va a exigir que estén a la altura de la CIA, pongo por caso. Bueno, vayan haciéndose a la idea de pasarse aquí bastante tiempo. Y cuando regresen a San Marcos, se encontrarán con que pronto tendrán que nombrar otro presidente. Por ejemplo, el general Tito Contreras.

—¡Ese criminal...! —chilló Honorio, palideciendo.

Angelo y Beverly se quedaron mirándolo fijamente, entre sobresaltados y desconcertados. Angelo frunció el ceño. Beverly preguntó:

—¿Criminal? ¿Estamos hablando del mismo personaje, el

general Augusto, Augustito, Tito Contreras?

—¡Es un criminal! Teníamos previsto eliminarlo discretamente dentro de una semana, después del desfile del Día del Ejército.

Ni Angelo ni Beverly dijeron nada. Beverly se acercó a los seis hombres, y les fue retirando de entre los labios los casi consumidos cigarrillos.

—¿Acaso el general Contreras está metido en esto? —preguntó sagazmente Honorio.

—Debemos suponer que sí, puesto que las personas que nos han contratado esperan colocarlo en la presidencia —dijo Angelo.

—¡Eso es una locura! ¡Un hombre que está dispuesto a llevar a cabo esos planes no puede estar en la presidencia!

—¿Qué planes? —preguntó Beverly.

—¡Eso es un top secret de mi servicio!

—Pero a nosotros nos lo va a decir, ¿verdad? —dijo amablemente Beverly—. Es que si no lo hace le arrancaremos las orejas, Honorio. De veras. Las orejas y lo que haga falta. A usted y a sus hombres. No estoy bromeando. ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —dijo Angelo.

Honorio miró de uno a otro. Y con la imaginación se vio a sí mismo sin orejas y sin otras cosas. Se estremeció.

—El general Contreras ha comprado una guerra —susurró.

—Ha comprado... ¿qué?

—¡Una guerra!

—Cálmese y diga las cosas por orden, Honorio. ¿Qué es eso de «comprar» una guerra?

—Supongo que la ha contratado para el caso de que falle el asesinato de don Nemesio Peribáñez. Si no consiguieran matarlo es cuando haría lo de la guerra, ahora lo comprendo... Si lo matan, bien. Si no lo matan, él hará esa guerra comprada.

—¿A quién se la ha comprado? No entendemos nada.

—Sabemos que el general Contreras ha contratado una guerra con un general de Nicaragua. Se trata de simular, en realidad. El general nicaragüense atacará nuestra frontera, y el general Contreras mandará el contraataque, lo vencerá, y lo expulsará al otro lado, de modo que se convertiría en el héroe de San Marcos. Entre eso y la poca popularidad que tiene don Nemesio, espera ser elegido presidente en las próximas elecciones. Sí, eso es lo que tiene

preparado si el plan de asesinar a don Nemesio falla.

—Pero… ¿sería una guerra de mentirijillas, de esas en las que no muere nadie? —murmuró Beverly.

—¡Claro que no! ¡Todo sería real y bien real!

—O sea, que mientras los dos generales, uno de aquí y otro de allá, sonríen satisfechos por su astucia, miles de personas se verán envueltas en una guerra impensada, inesperada, con las lógicas consecuencias de saqueos y muertes por ambos bandos. Vamos, toda una guerra con sus miles de muertitos y todo eso.

—¡Claro!

—Cielos, ¡qué horror! —exclamó cómicamente Beverly—. Pero vamos a ver: ¿es que no hay en San Marcos ningún hombre honrado e inteligente capaz de ocupar la presidencia y de poner al país en el buen camino de la paz y la prosperidad?

—Sí, que lo hay, pero es pobre como una rata y no tiene gente importante que le apoye, así que nunca conseguiría ni siquiera ser nominado para la presidencia mientras estén vivos don Nemesio y el general Contreras.

—¿Y quién es ese hombre maravilloso?

—Don Estanislao Betanzos, un profesor de economía de la universidad de San Marcos.

Beverly movió la cabeza.

—Oiga, Honorio, ¿usted no se dedica a escribir novelas en sus ratos libres? Lo digo porque su cuento me ha divertido mucho. ¡Su imaginación es formidable! Y todo para que hagamos algún trato con usted, y a lo mejor hasta le digamos todo lo que sabemos y decidamos no matar a don Nemesio, el dictador.

—¡No es ningún cuento! ¡Es la verdad! ¡Si ustedes le hacen el juego a Contreras ya saben lo que va a pasar!

—Bueno, ya basta de tonterías —dijo Angelo—. Tenemos que terminar nuestros ensayos, mi amor.

—Pero primero almorcemos, mi amor —sonrió Beverly.

—¡Les juro que todo es verdad! —aulló Honorio.

—Ya, ya —sonrió Beverly—. Mire, Honorio, si dice una sola palabra más, si insiste en tratamos como a tontos, le vamos a romper todos los dientes de un culatazo. Diga tan solo una palabra más y verá cómo se queda sin dientes. Y métase esto en la cabeza: nosotros tenemos algo que hacer en San Marcos, y lo vamos a

hacer. ¿Está esto bien claro para usted? Pues cállese.

* * *

Cosme detuvo el coche junto a los dos tiradores, que esperaban fuera de la cabaña junto al material.

—Hemos visto las luces acercándose y lo hemos sacado todo —dijo Beverly—. Podemos marcharnos enseguida.

—Estupendo. ¿Todo bien?

—Todo perfecto y a punto.

—¿Pueden garantizar esos dos disparos?

—Se lo diré de esta manera —sonrió Beverly—: ¿quiere ponerse usted a seiscientos treinta y dos metros de nuestras armas, Cosme?

—No —rio este—. Bueno, carguemos todo y vámonos. ¡No me gusta nada este lugar, francamente!

—Pues de día no está nada mal.

Con la iluminación de las luces de posición del coche de Cosme tuvieron suficiente para ver lo que hacían. El material fue metido en el maletero, con las maletas de Angelo y Beverly, y el coche emprendió el regreso hacia San Marcos...

Mientras tanto, dentro de la cabaña, amordazados y atados de modo que tardarían días en poder desatarse incluso ayudándose unos a otros. Honorio y sus hombres iniciaban los vanos intentos para soltarse.

Y en los oídos de Honorio López resonaban todavía las palabras de despedida de Beverly Marsh:

«Dentro de dos o tres días podrán soltarse y volver a San Marcos con su camioneta. Mientras tanto, aquí calladitos, porque si nuestro amigo Cosme se entera de que hay pequeñas complicaciones quizá se asustase y decidiera suspender la operación, que nos vale a nosotros nada menos que doscientos cincuenta mil dólares. Hágase cargo, Honorio: ¿doscientos cincuenta mil dólares!»

Honorio había querido gritar algo, pero solo un rumor apagado brotó de su boca a través del trozo de áspera tela que lo amordazaba.

«Me parece que sé lo que ha querido decir —sonrió Beverly—: que somos unos asesinos. Pues bien: es cierto. Adiós, Honorio».

* * *

Faltaban pocos minutos para las tres de las mañana cuando Angelo y Beverly llegaban en el ascensor al piso decimotercero del alto edificio desde el cual debían disparar. Entre los tres subieron las armas, el telémetro, el cronómetro, unos prismáticos, la munición blindada en dos cajas, una con proyectiles para el Hamerli de Angelo y la otra para Beverly.

Cosme abrió la puerta, y entraron en las oficinas, que estaban completamente a oscuras.

—Como es lógico —dijo Cosme, tras cerrar la puerta—, mañana no vendrá nadie por aquí, pues es día festivo, de modo que no deben preocuparse por nada.

—Lo único que nos preocupa es lo del helicóptero —dijo Angelo.

—Pues no debe preocuparles: estará aquí en sr momento.

—¿Vendrá usted en él? —preguntó Beverly.

—Claro que no. Tengo que...

—Beverly y yo hemos estado hablando de eso —le interrumpió Angelo—. Preferiríamos que usted estuviera en el helicóptero, Cosme. No queremos que al otro lado de la frontera pueda haber malentendidos y si viene usted la cosa estará clara... para nosotros:

—Bueno, no sé... Está bien. Desde luego, tienen razón: yo vendré en el helicóptero para acompañarlos.

—Eso está mejor —suspiró Beverly.

Cosme se marchó diez minutos más tarde, tras haberles mostrado las distintas dependencias de las oficinas, siempre sin encender luz alguna, teniendo que conformarse con la del exterior que llegaba desde las ventanas.

Ya a solas, Angelo y Beverly colocaron el telémetro en la salida de la terraza, y mientras él hacía los cálculos de distancia hacia la franja de luz entre los dos edificios situados a seiscientos metros, ella miraba con los prismáticos.

—No parece que haya ninguna dificultad, mi amor.

—Por la mañana haremos las últimas mediciones, en cuanto se haga de día. De momento todo está instalado y a punto, así que... Vaya, no hay cama en este lugar. ¿Tienes sueño?

—Claro que no.

—Pero faltan casi nueve horas, así que deberíamos dormir.

—Bueno, dime dónde.

—En el sofá, o en los sillones.

—¡Qué incomodidad! Pero al menos aquí no hace frío, como en las montañas. Aunque hemos pasado allí una noche maravillosa, ¿no es cierto?

—¿Mejor que las de París?

—Tengo que confesar que sí.

Angelo Angelini abrazó a Beverly Marsh, la besó en la boca largamente, y cuando al cabo de casi tres minutos ella se apartó y suspiró, él se apresuró a decir:

—No. Duerme hasta las ocho. Luego yo dormiré hasta las once.

—No me amas —simuló ella un sollozo.

Angelo le tomó el rostro entre las manos. Algunas estrellas parecieron colarse hasta los ojos de Beverly.

—Claro que no te amo —susurró—. ¿Cómo podría amar a una asesina?

Ella rio, lo besó en los labios brevemente, se tendió en el sofá, y en menos de medio minuto se quedó dormida.

CAPÍTULO VIII

Angelo sintió el contacto en los labios, abrió los ojos, y, rodeado de la espléndida luz de la avanzada mañana, vio el rostro de Beverly sobre el suyo. La abrazó, se estuvieron besando largamente, y luego ella se sentó a su lado en el sofá.

—No tenemos café, ni tostadas, ni siquiera una simple naranja para desayunar.

Angelo miró su reloj. Eran las once en punto de la mañana.

—¿Qué ambiente hay por ahí abajo?

—Más o menos festivo. Tengo hambre.

—Te invito a cenar en Ciudad de México.

—Encantada. ¡Pero nada de chiles!

—Prometido.

A las once y media todo estaba a punto: el telémetro, los prismáticos, el cronómetro, las carabinas... Aunque en realidad, ya solo serían necesarias estas últimas, repasadas una y otra vez, todos los elementos ajustados. Utilizando la mira telescópica vieron casi al alcance de la mano a las personas que circulaban por la amplia avenida a seiscientos y pico de metros. Era imposible fallar.

Desde la avenida del desfile llegaba un rumor, que a las doce menos cuarto era más intenso. A las doce menos cinco pasaron tres escuadrillas de cazas dejando un potente zumbido sobre la ciudad de San Marcos. Poco después comenzó a oírse el rumor de los motores. A las doce menos dos minutos aparecieron los motociclistas, abriendo la marcha. Detrás, media docena de carros de combate.

Angelo y Beverly se echaron las carabinas al hombro, y con la ayuda del visor telescópico salvaron la distancia hasta el desfile. Oían perfectamente la música entre el rugir de motores y el rugir domesticado de la multitud obligada. Apareció un coche negro cerrado. Tres segundos más tarde apareció otro coche idéntico. Luego, otro. Más motoristas.

Un coche descubierto.

En el asiento de atrás, dos hombres, uno de ellos de paisano, el otro con uniforme cubierto de medallas, ambos de pie, sonrientes, saludando.

Los dos tiradores de élite apuntaron durante un segundo.

Luego, dispararon.

El estampido de los dos Hamerli se oyó solamente dentro de las oficinas, no llegó a ninguna otra parte, ahogado por los sonidos de la multitud y de los motores.

Seiscientos treinta y dos metros más allá, el dictador don Nemesio Peribáñez recibió en el ojo izquierdo la bala que se lo reventó espectacularmente provocando un pequeño volcán sanguinolento en su rostro y empujado con tanta fuerza su cabeza hacia atrás que lo arrancó del coche y lo tiró a la calzada, como siguiendo la bala que salió por la parte posterior de la cabeza.

Simultáneamente, el general Tito Contreras se sentaba de modo inesperado y tragicómico en el limpísimo asiento del coche descubierto, con los ojos muy abiertos y otra condecoración sobre su flamante uniforme, justo sobre el corazón, que se detuvo en el acto y escupió un borbotón de sangre que empapó la ropa de color caqui.

El coche descubierto desapareció detrás de la casa de la izquierda, llevando un cadáver y dejando otro atrás.

Beverly bajó su arma, y dijo:

—No olvides que me has prometido invitarme a cenar en Ciudad de México.

—Ve a ver si hay alguien en el pasillo.

Beverly fue hacia la puerta del despacho, mientras Angelo metía su Hamerli en la funda, la cerraba, y miraba alrededor. Lo demás no valía la pena. Se reunió con Beverly fuera del apartamento, y ella señaló escaleras arriba. Subieron al piso catorce, y luego el último tramo hasta la puerta que se abría a la azotea-helipuerto, que estaba abierta.

Apenas salir oyeron el rumor del helicóptero acercándose.

—Los helicópteros siempre me despeinan —dijo Beverly.

—¿Qué?

—¡Que los helicópteros siempre me despeinan!

El helicóptero llegó, y descendió, posándose sobre la terraza. Los

dos corrieron hacia él, y se metieron dentro. Cosme estaba en el asiento de atrás, con otro hombre. El piloto maniobró en el acto para tomar altura, y se alejó del edificio. Abajo, lejos, se veía la multitud, como hormigas, corriendo por la avenida. En la radio del helicóptero se oía la voz excitadísima del locutor que había estado retransmitiendo los detalles del desfile:

—… muertos los dos. ¡El desfile se ha detenido, todo el mundo corre escapando de la avenida, y en la calzada, rodeado ahora de personalidades y militares sigue tendido don Nemesio Peribáñez! El coche se ha detenido también, y nos llegan ya noticias de que asimismo el general Tito Contreras ha fallecido a consecuencia del disparo…

—¿Qué? —aulló Cosme, pegando un brinco—. ¡Pero qué está diciendo ese idiota…!

Se calló de pronto, al ver aparecer la pistola en la mano de Beverly, que se la colocó bajo la barbilla. El hombre que iba junto a Cosme respingó, y metió la mano derecha bajo su axila izquierda… El puñetazo de Angelo, en plena barbilla, se la partió como si fuese de galleta, y el hombre se desvaneció en el acto. Angelo sacó la pistola, y apoyó la punta del cañón en la nuca del piloto.

—Hacia las montañas —ordenó—. Sin desviarse ni un milímetro. Usted ya sabe dónde: la cabaña del pastor.

—Pero… ¿qué significa esto? —jadeó Cosme.

—Apague la radio —ordenó Angelo al piloto—. Nosotros les explicaremos lo sucedido mucho mejor que ese sujeto vociferante. Y si se le ocurre alguna «brillante» idea olvídela en el acto.

Beverly metió la mano bajo la chaqueta de Cosme, y retiró la automática que llevaba el conspirador, que palideció todavía más. La radio había sido apagada. El sol refulgía cegadoramente. San Marcos iba quedando atrás, como si fuese la ciudad la que se desplazase en dirección contraria a la del helicóptero.

—¿Qué… qué significa esto? —jadeó Cosme, por fin—. ¿Qué han hecho ustedes?

—Nada tan malo como lo que pensaban hacer ustedes con nosotros, amigo Cosme —dijo tranquilamente Beverly—. Ustedes pensaban matarnos a los dos, llevarnos hacia el mar, y deshacerse de nuestros cadáveres. Nosotros solo hemos eliminado a dos bichitos.

—Están locos... ¿De verdad han matado al general?

—Es que era una persona muy mala, Cosme. Y ustedes también. Porque es cierto que querían matarnos a Angelo y a mí, ¿verdad? Pero vamos a ver: ¿con quiénes se han creído ustedes que están tratando? ¿Con dos auténticos asesinos que además son idiotas? ¿Realmente esperaban que Angelo y yo nos creyésemos que nos iban a dejar marchar y a pagarnos un cuarto de millón de dólares? Ustedes se han estado divirtiendo con nosotros, pero como dice el refrán, quien ríe último ríe mejor y más a gusto. Escuche mi risa, Cosme: ja, ja, ja. Y no se le ocurra reír después de mi porque me enfadaría mucho.

—Escuche... Escuchen, están equivocados, lamentablemente equivocados, se lo juro...

—No me gustan las personas que juran. Y ahora, quítese la corbata.

—¿La... la...?

—La corbata. Vamos, Cosme, no sea memo.

Cosme se quitó la corbata, y Angelo le ató con ella las manos a la espalda, mientras Beverly miraba apaciblemente al piloto, que estaba demostrando ser inteligente, limitándose a manejar el aparato. Acto seguido, Angelo le quitó también la corbata al otro, le ató asimismo las manos a la espalda, y luego lo derribó boca abajo en el suelo, junto a Cosme, sobre el cual puso los pies, siendo imitado por Beverly.

—Es la alfombra más extraña que he pisado jamás, ni amor.

—Luego tiras esos zapatos: olerán mal.

—Sí, es verdad. Oiga, simpático piloto: ¿sabe usted dónde está la cabaña a la que vamos o no lo sabe?

—Sí... Sí, lo sé.

—Pues no se desvíe ni un milímetro.

* * *

Los seis hombres estaban desesperados, sudorosos y jadeantes, intentando soltarse mordiéndose unos a otros las fortísimas ligaduras que los sujetaban, cuando oyeron el rumor.

—Es un helicóptero... —dijo Luciano.

Honorio López asintió. No sabía si alegrarse o asustarse. Lo

mismo podían ser amigos suyos con dotes de adivinos, que, más lógicamente, amigos de los dos asesinos que acudían para matarlos. Esta última perspectiva no le gustó nada, naturalmente. ¡Y en aquellos momentos, en que estaba seguro de que con un poco más de esfuerzo habrían podido soltarse...!

—Me parece que estamos listos —dijo José.

—¡Cállate, mamón! —gritó Marcos.

—Callaos todos —refunfuñó Honorio—. Ni siquiera es seguro que el helicóptero venga aquí. Seguramente está de paso hacia cualquier otro sitio.

Y es que Honorio no daba ni una. Se convenció de ello muy pronto, cuando, tras parecer que el helicóptero caía sobre la cabaña, todo quedó en silencio. Apenas un minuto más tarde, la puerta se abrió, y apareció la señorita Marsh, sonriente.

—¿Qué tal, caballeros? ¿Cómo han pasado la noche? ¡Cielos, pero si todavía no se han soltado! Permítanme ayudarles.

Se acercó a Honorio, lo colocó boca abajo, y deshizo los fuertes nudos en un minuto. Honorio se sentó en cuanto tuvo las manos libres, y miró con ojos desorbitados a la preciosa rubia.

—¿Café? —ofreció ella—. Todavía queda. Y además, aunque a la noche voy a cenar opíparamente en Ciudad de México, me voy a preparar un bocadillo.

—¿Qué... qué significa esto? —tartamudeó Honorio.

—Pues verá usted, amigo Honorio... Resulta que Angelo y yo somos tiradores olímpicos de verdad, y que cuando vimos el anuncio en unos periódicos de Europa nos sentimos interesados, junto con otro amigo. A este amigo le contestaron que no admitían tiradores olímpicos en el concurso, así que nos... mosqueamos. Bueno, usted sabe de qué concurso le estoy hablando, ¿verdad? Ese del que su amigo del cine de Roma le envió informes y todo eso.

—Sí... Sí, sí. Allá está Obdulio Méndez, otro conspirador.

—Ese. Y un tal Teodoro que...

—Teodoro es un asesino de la peor especie... ¡Pero seguramente menos que Méndez!

Beverly movió la cabeza con un gesto de pesar.

—Asco de gente... Bueno, como le decía, Angelo y yo nos mosqueamos. ¿Por qué no habían de admitir tiradores olímpicos? Ya sabe: esos que disparan doce tandas de cinco disparos, y que si

son buenos a lo mejor hacen seiscientos puntos, lo mismo si tiran con pistola o carabina de un disparo a veinticinco metros, que a cincuenta, o si tiran con pistola de gran calibre, o si disparan contra blancos móviles… Todo eso. Mire, un amigo nuestro tiene una hija de once años que dispara ya con pistola de aire comprimido contra unos blancos que son diminutos, créame, situados a diez metros. Y la criatura no hace nueves… Quiero decir que no falla nunca el diez. Sin embargo, es una criatura encantadora, y por supuesto, jamás se le ocurriría disparar contra nadie. Lo mismo pasa con los tiradores adultos, claro está. Un olímpico es un deportista, por encima de todo. De modo que Angelo y yo nos preguntamos por qué no querían tiradores olímpicos en ese concurso. ¿Sería porque no querían personas honradas, porque no querían deportistas…? Entonces, ¿de qué iba la cosa? Así que nos metimos en el asunto simulando ser lo que no somos, o mejor dicho, ocultando lo que somos: tiradores olímpicos de primera categoría. Tiradores de élite, ¿comprende? Total, que nos vimos metidos en todo esto, y cuando comprendimos que tanto don Nemesio Peribáñez como el general Contreras eran unas malas bestias, nos dijimos: bueno, ¿y por qué no le hacemos un favor a la humanidad en general y San Marcos en particular eliminando a esas dos bestias? Y así lo hemos hecho.

—¿Los han matado a los dos? —chilló Honorio.

—Sí. ¿Qué le parece?

Beverly se quedó mirando fijamente a Honorio, que, de pronto, sonrió de oreja a oreja.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿A los dos? ¿Ya no tendré que ser jefe de una Gestapo a las órdenes de gente canalla… ya no habrá guerra entre San Marcos y Nicaragua?

—Palabra de reina.

—¡Yuuupiiii…! —gritó Honorio.

—¿Ve cómo nos entendemos, hombre? —sonrió Beverly—. De modo que se van ustedes a San Marcos, detienen y encarcelan a los que sea menester, como Ugalde, Fuentes y demás gente que en cualquier momento pudiera sentir tentaciones de colocar otro dictador o «comprar» una guerra, y por poco que se lo propongan me nombran presidente al señor Estanislao Betanzos y se dedican a vivir alegremente, que para eso hemos nacido.

Honorio López asentía con todo entusiasmo. Su mirada fue hacia

la puerta, en la que apareció Cosme, y detrás de él el piloto del helicóptero, cargado con el sujeto de la mandíbula rota, que dejó caer sobre el jergón. Detrás de ellos, pistola en mano, Angelo que miró a Beverly y preguntó:

—¿Todavía no has preparado los bocadillos?

—Estaba dándole unas breves explicaciones a Honorio, mi amor.

—Y el hombre está tan pasmado que todavía no se le ha ocurrido soltar a sus compañeros. En cuanto reaccione, como es un hombre inteligente, ya verás cómo hace lo siguiente: amarra definitivamente bien a Cosme y sus dos amigos, preparándolos para llevarlos a San Marcos y hacerles confesar todo, para detener a todos los muchachos malos del país, y luego se las arregla para reunir a la gente sensata y que nombren presidente al señor Betanzos. ¿Verdad que sí, Honorio?

—Sí... Sí, sí, ¡eso es exactamente lo que estaba pensando!

—Espléndido. ¡Ya me extrañaba a mí que el jefe de todo un servicio secreto fuese tonto! En fin, que vamos a terminar siendo muy amigos, ¿no es así?

—Sí... ¡Ya lo creo!

—Entonces, amigo Honorio, tendrá que demostrarlo. ¿Y sabe cómo lo demostrará?

—¿Cómo?

—Estoy segura de que esto ya se le ha ocurrido a usted: nos llevará en el helicóptero al aeropuerto Nacional mientras sus hombres se quedan aquí al cargo de estos sujetos, nos resolverá cualquier dificultad que pudiera impedirnos tomar un avión hacia Ciudad de México, y se despedirá de nosotros deseándonos feliz cena en México y buen viaje de regreso a Europa... ¿A que era eso exactamente lo que estaba usted pensando, Honorio?

—Exactamente eso —sonrió de nuevo de oreja a oreja López.

—Pues no sé a qué está usted esperando —gruñó Angelo.

* * *

La noticia había llegado por la mañana a la villa cerca de Roma donde todavía se estaba celebrando el concurso de tiro, y la primera intención de Obdulio Méndez y Teodoro, sabiendo que estaban todavía bajo la vigilancia de los hombres de Honorio López

desplazados a Europa, fue escapar a toda prisa y esconderse donde no pudieran ser hallados hasta que la situación se aclarase para ellos.

Pero el sentido común se impuso, y Méndez y Teodoro decidieron no precipitar los acontecimientos, así que continuaron con el concurso como si tal cosa. Precisamente, el concurso habría de finalizar a la mañana siguiente, cuando ya quedaban solamente once tiradores que se repartirían los puestos y los premios correspondientes. Solo que la idea de Méndez y Teodoro no era estar allí a la mañana siguiente, ni mucho menos. Aprovechando la noche, cautelosamente, con todas las precauciones, escaparían, dejando sin premios a los tiradores y con dos palmos de narices a los hombres de Honorio López.

Y así lo hicieron. Hacia las dos de la madrugada salieron de la villa por la parte de atrás, y se encaminaron sigilosamente hacia el campo de tiro, que era por dónde habría menos vigilancia, precisamente por ser terreno descubierto. Todo lo que tenían que hacer era recorrerlo inclinados o reptando, rebasarlo, correr luego hacia la carretera, y hacer auto stop hasta Roma. Allá, o bien comprarían un coche con el dinero que naturalmente Obdulio había recogido de la caja fuerte de la villa, o bien, todavía más económico y con menos pistas a seguir por parte de los hombres de Honorio López, robarían un coche, se irían hacia el norte de Italia, lo abandonarían, comprarían entonces el coche, ¡adiós Italia!

Y todo estaba saliendo a la perfección.

Solo que, de pronto, se hizo de día.

Pasmoso. Hacía un instante que era de noche, y ahora era de día.

Inclinados, Teodoro y Obdulio se detuvieron, y ambos alzaron la cabeza hacia el cielo, para quedarse contemplando como bobos la bengala de lechosa luz que se esparció fríamente en un radio superior a los trescientos metros.

Fue una muerte simpática.

Asombrados como niños, contemplando la bonita luz embobados, limpias sus mentes de maldades y planes siniestros, llenos sus ojos de luz que no era celestial, todavía vivieron el tiempo suficiente para oír los dos disparos que parecieron uno solo. No se enteraron de nada. Cada uno de ellos recibió un balazo en el

podrido corazón, cayó muerto de bruces, y allá quedaron, con la bonita luz sobre sus cadáveres.

La bengala terminó su recorrido, se apagó, todo volvió a quedar a oscuras. En la villa se habían encendido algunas luces, se oían voces...

Las pisadas resonaron apenas acercándose a los dos cadáveres, y enseguida Angelo y Beverly llegaron junto a estos. Beverly se inclinó, recogió la maleta con el dinero, y dijo:

—¿Qué crees que hay en esta maleta?

—A lo mejor, bocadillos.

—Claro que no, mi amor.

—Bueno, pues dinero para comprar bocadillos.

—Eso tal vez sí. ¿Y si nos fuéramos? No tengo el menor deseo de liarme a tiros con esos sujetos malencarados que van a llegar aquí de un momento a otro.

—¿Qué haremos con el dinero? —preguntó Angelo, haciéndose cargo de la maleta.

—Adivínalo.

—¿Se lo enviaremos a Estanislao Betanzos para que tenga para los primeros gastos de su campaña electoral?

—Esa es una buena idea. Tan buena que tendría que habérseme ocurrido a mí.

—Ya tuviste la idea de la bengala. Deja que los demás también presumamos un poco, ¿quieres?

Cinco minutos más tarde llegaban a donde estaba el Alfa Romeo. Angelo metió la maleta dentro, se sentó ante el volante, y miró a Beverly, que ya estaba ocupando el asiento contiguo.

—Bueno... ¿Adónde vamos ahora? ¿París, Roma, Viena...?

—Estoy segura que se te ocurrirá algún sitio mejor.

Angelo Angelini pasó el brazo por la nuca de Beverly Marsh, la atrajo, y se quedó mirando sus relucientes ojos en la oscuridad del coche.

—He llegado a una conclusión —murmuró—: este es el mejor sitio de todos.

—¿Este? ¿Aquí?

—Justamente.

—Estás bromeando. Contra tu costumbre, estás bromeando.

—No.

—¡Pero si es un camino cualquiera que…!

—Pero tú estás aquí. De modo que como te digo, he llegado a una conclusión: este es el mejor sitio de todos, aquel en el que tú estés.

—Nunca me habías dicho nada tan bonito.

—Alguna vez se ha de empezar.

El beso fue lento, suave y profundo.

Y prometía durar hasta el amanecer…

ESTE ES EL FINAL

En el Club de Tiro Olímpico Romano, como siempre que se desafiaban Angelo y la bellísima Beverly, había una gran expectación. La voz se había corrido: esta vez tiraban contra los cerditos, el blanco móvil reglamentario siluetado en chapa de hierro con las zonas bien marcadas de las diversas puntuaciones. La velocidad de pase de los cerditos por el fondo del foso era de dos segundos.

Y allá, teniendo detrás a los socios que habían acudido aquel día a entrenarse, estaban Angelo y Beverly, tirando, cuando apareció, blandiendo un periódico, un socio que acababa de llegar, a punto de gritar la noticia. Pero vio a los dos tiradores a punto de disparar, y se calló. Esperó a que efectuasen sus disparos, y entonces exclamó:

—¿Os habéis enterado?

Todas las cabezas se volvieron hacia él, incluso las de Beverly y Angelo. Era Mario Cecchini, el gran amigo de la pareja.

—¿De qué?

—¡Han asesinado a dos tipos de un país llamado San Marcos! Y según el periódico lo han hecho tirando desde más de seiscientos metros y de dos únicos disparos, uno para cada uno.

—¡Fiuuu! —silbó uno.

—¡Ha tenido que ser un tirador! —exclamó otro—. Todo un tirador…

—No. Fueron dos. El periódico dice que las balas eran de diferente calibre. Lo más curioso es que en San Marcos dicen que no consideran esto un asesinato, sino una obra benéfica: se trataba de un dictador y de un general que estaba planeando una guerra.

—Vaya par de bichos —comentó Beverly.

—Por lo que dice el periódico, lo eran. Vaya, hacía días que no os veíamos por aquí, Beverly, Angelo… ¿Qué ha pasado, dónde habéis estado todo este tiempo?

—Se nos ocurrió ir a pasar unos días a París, y una vez allá nos

dijimos: ¿por qué no nos casamos? Y nos casamos.

Hubo un instante de sorpresa. Luego, Mario exclamó:

—¡Eso no me lo habíais dicho!

—Nos olvidamos —dijo Angelo.

—¡Cómo que os olvidasteis, cómo que os olvidasteis...! ¡Esto no puede quedar así! ¡Tenéis que invitarnos a algo, maldita sea, somos vuestros compañeros!

—De acuerdo —asintió imperturbable Angelo Angelini—: esta noche cena con champaña para todos.

—Champaña francés —sonrió Beverly—. ¿Verdad, mi amor?

Angelo la abrazó con el brazo libre, la atrajo, y la besó en los labios, largamente, ante el estupor y finalmente el regocijo de todos, que comenzaron a hacer bromas. Bromas que fueron bajando de tono, hasta que regresó el silencio. La pareja seguía besándose. Por fin, Beverly apartó la boca, suspiró, fue a decir algo... y Angelo se le adelantó precipitadamente.

—Tú tiras —dijo.

—¡Pero si estás en plena luna de miel! —exclamó alguien—. ¡No es momento de estar aquí disparando!

—Cada cosa a su tiempo —dijo Angelo—. ¿Verdad, mi amor?

—Verdad —sonrió luminosamente Beverly.

Y metió la bala en la carabina.

FIN



EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN

1 **En el léxico del deporte del tiro, se diferencian de modo muy concreto dos clases de competidores: los tiradores, sin más, que son los considerados verdaderos tiradores con categoría, y los llamados tira-tiros, que acuden a los polígonos a pegar unos cuantos tiros a ver si dan en el blanco, sin mayores ambiciones ni exigencias sobre sí mismos.**

2 **Verídico.**

3 **Verídico.**